

# CUQUITO Y PERINOLITA

(Conclusión.)

## VI



Todo pasó como Andresillo lo había pronosticado. Matilde dejó sus trajes cortos, para vestir los que, confeccionados por las mejores modistas cortesanas, le cubrieron los pies, impidiéndole, á modo de grilletes, aunque sin daño material, corretear como en otro tiempo, sola y sin cuidados propios ni extraños, las calles del pueblo.

Una niña podía volar libremente por doquiera, canora y revoltosa como alondra campesina; una mujer no podía ir sino adonde esos ataderos sociales llamados *conveniencias*, le permitiesen. Ni siquiera á casa del sacristán.

A poco de vestida de largo, llegó al lugar Serafin, hecho un brazo de mar, y halló á su novia (Cupido había tejido ya el lazo que encadenara ambos corazones) más encantadora aún que en el retrato; y á los pocos días, D.<sup>a</sup> Reyes, endomingada con sus mejores galas de antaño, sacadas del alcanforado hondón del cofre para tan solemne ocasión, enguantada y enmantillada á la antigua usanza, fué á casa de los señores de Murillo, acompañada del Juez municipal, su próximo pariente, á pedirles la mano de Matildita para su Serafin.

Estos se hicieron de nuevas, como era de rigor en tales casos y en pueblos no muy adelantados; prometieron consultar la voluntad de la niña, que protestaron con fingida ingenuidad desconocer, y les rogaron que volviesen á los tres días por la contestación.

Cumplióronse los trámites de rúbrica y Matilde quedó oficialmente

con la consideración de futura esposa de Serafín Grajera. ¡Fecha memorable que resaltó desde aquel día en la memoria de toda la familia y el buril del artífice grabó con primores cellinescos en dijes y preseas! ¡Aurora de nueva vida para la que el porvenir no ofrecía mas que espejismos venturosos! Y como el concierto de ambas familias reclamaba, por lógica derivación, un *dies venit*, fijóse la boda para el día de D.<sup>a</sup> Reyes, de allí á seis meses, tiempo necesario para preparar el *trousseau* de la novia.

Durante el verano, y mientras D. Pedro atendía á las faenas de la recolección, D.<sup>a</sup> Perfecta y Matilde, acompañadas de sus tíos y de Serafín, fueron á pasar un mes á una playa portuguesa, más que fugitivos del sofocante calor de las campiñas extremeñas, ofrendando sus caseras comodidades en el altar voluble y exigente de la Moda.

Estando en Figueira da Foz, y ya próxima la fecha del retorno, recibieron una carta de D. Pedro, en la cual, después de darles cuenta de su salud inmejorable y de los ubérrimos rendimientos de la cosecha, que no cabría en los graneros, les participaba como novedad local, la muerte de la madre de Andrés, que con más ó menos intensidad todos sintieron, especialmente Matilde, que considerándolo sumido en los antros despiadados de su triste soledad, se apresuró á escribir á su fiel amigo una expresiva carta de pésame, único consuelo tal voz que al infelíz llegase en tanta pena.

Y en cuanto volvió á su casa, su fraternal cuidado proveyó al sacristán de persona que lo cuidase, haciendo que el ama que la había lactado fuese por la mañana á casa del solitario Andrés y volviese á ella por la noche, por si se le ocurría algún quehacer, que él no pudiese desempeñar; á la que rara vez mandaba cosa alguna, porque él se bastaba y se sobraba para acudir á sus escasas necesidades.

Cierto día Matilde, sentada al piano, ejecutaba la sinfonía de la ópera *Raymond*. A su lado, también sentado y muy pegadito á ella, Serafín la contemplaba extático, absorbiéndola con delectación con el aliento y con las miradas... miradas que fulminaban antojos á que respondían miradas de promesa, olvidado de un veguero que humeaba entre los dedos anulados de su mano izquierda, y casi olvidado de la solicitud con que obligaba á la derecha á volver las hojas del libro abierto sobre el atril, que cumplía tarda é inoportunamente su cometido; pues no hay afecto mas descompasado y olvidadizo que el amor, cuando, en pleno hervor, se arresta, como pretexto á interpretar obras que no son sus propias creaciones.

Y ¡claro! la linda *particella* de Thomas, salía hecha un baturrillo

inarmónico de entre los inconscientes dedos de Matilde, que con tanta perfección y maestría la había tocado otras cien veces.

En el gabinete no había nadie mas que ellos. ¿Para qué?... Los señores mayores tenían ciega confianza en los prometidos y los dejaban en libertad para que «cambiaran impresiones».

Durante uno de aquellos transportes eróticos,—(¡con menos motivo han tocado á fuego á veces las campanas!)—y con la inoportunidad de un avechicho de mal agüero, apareció un tercer personaje en la puerta del gabinete, á la que daba frente Serafín.

—*¡Parbleu!... ¡le grand tartufe!*—exclamó éste al verle, en la lengua de Moliere.

—¿Qué?—preguntó Matilde sorprendida, haciendo girar la banqueta en que se sentaba.

—Perdonad—murmuró Andresillo, que él era el importuno, percatado del mal tercio que hacía, con voz sumisa y respetuosa.—Me han avisado de que la señorita me esperaba, y acudo á ponerme á sus órdenes.

—¡Ah, sí!... ya no me acordaba--añadió toda confusa la bella pianista.

—*En avant, gentil garçon,*—repuso el ingeniero, que al dirigirse al aparecido en idioma extranjero, parecía como querer divertirse á costa de su ignorancia.

Pero Andrés, que si no había entendido el primer apóstrofe, se dió cuenta de éste, plegó la frente y se disponía á replicarle en la misma *tessiture*, cuando Matilde se adelantó, diciendo á su amado:

—¡No por Dios!... Ten compasión del pobre. Lo de gentil es un sarcasmo. ¡Así destruyes mi obra, antes de comenzada!

—Hombre, no creo que por tan poca cosa vaya el sin par Andrés á incomodarse. Le llamé gentil, como pude llamarle el tuerto, el cojo, el jorobado... y siendo todo, por su desgracia, una verdad...

—Sí,—interrumpió el sacristán,—yo debo recibir esos epítetos con indiferencia y hasta con agradecimiento. Mi epidermis debe ser tan refractaria á todos esos arañazos, que no debo dolerme de ellos. ¿No es así, Sr. Grajera?

—No, no es así,—se apresuró á contestar Matilde. Yo te mandé llamar, para haceros amigos, para que cese entre ambos—las personas que más quiero—esa prevención hostil que entre los dos media.

—Pero, chica, Matilde ¿que estás diciendo? ¿Yo hostilidad hacia este mozo? ¿Por qué?... Estás equivocada. ¡Si me es tan completamente indiferente, que ni he tenido jamás lugar de pensar en que pudiese ser mi amigo ni mi enemigo!

Andrés se mordía los labios. Cada palabra de Serafín era como un garfio ponzoñoso que se le clavaba en el pecho.

—Pues mira,—le advirtió Matilde,—desde hoy vas á sentir por él un afecto que yo quiero comunicarte. Andrés ha sido mi amigo, mi único, mi fiel amigo, desde mi más tierna edad. Le quiero como á un hermano, y deseo que tu le profeses idéntico afecto.

—Afecto *di fratello*.

—Sí, y que sea tu confidente, como lo es mío...

—¿Tuyo?, pues chica, esas confianzas puedes ir las dando al olvido. Yo no tengo ninguna que hacerle, y si la tuviera se la haría á mi futura mujercita, no al rapa-velas de la parroquia.

—¡Tonto! ¡entiende lo que quiero decirte!... Que es persona fiel, considerada y juiciosa... digna de tu confianza, como lo es de la mía.

—No lo dudo... y lo felicito y te felicito por ello; pero...

—Debíamos emplearlo en algo, para conservarlo á nuestro lado.

—Bien: lo contrataré para algun *match* de *foot-ball* ó *lawn-tennis*.

—¡Oh!—exclamó Matilde contrariada.

Andrés que desconocía los ejercicios de esos *sport* exóticos y aristocráticos, y por lo tanto el sarcasmo que tal proposición implicaba, dadas sus imperfecciones físicas, calló.

Serafín añadió con desdeñosa arrufadía:

—Y si eso no, lo haré mi *valet de chambre*; pues aunque inválido, no estará tanto que no me pueda tirar de las botas. *¿Il vous ôlait monsieur?*

—No—respondió ofendido el jorobado:—para servir á un mortal, prefiero seguir sirviendo á Dios, que es amo exento de groserías y petulancias.

—¡Cómo! ¿se atreve á insultarme?—dijo incorporándose el ingeniero.

—¡Por Dios, Serafín!—suplicó levantándose también y acudiendo á él su prometida para aplacarlo.—No lo tomes así, que seguramente...

—Porque si tal fuese tu ánimo...—braveó aquel, cediendo en su arranque ante la actitud intercesora de Matilde.

—¡Ea, que no!—añadió ésta—no ha habido falta. ¿A qué tomar las cosas de ese modo?

—Falta no,—repuso Andrés;—pero sí sobra.

—¡Que calles!—le ordenó la joven, procurando que las palabras, enzarzándose como las cerezas, no prolongasen tan desagradable incidente.

—Obedezco,—añadió el sacristan.—Ya vé V., señorita, como ha

sucedido lo que le pronostiqué. Sus buenas intenciones fracasaron. Mi dignidad...

—¡Ja, ja, ja!—rió fingidamente Serafin, atormentando el afecto de su novia hacia el lisiado.

—Mi dignidad,—repitió éste—porque yo también la siento en mi cuerpo deforme y ruín, tanto como otros puedan guardarla en aparatosas plataformas ó en figuras de relumbrón... Mi dignidad, repito...

—Y van tres, gran dignatario.

—Me aconseja que salga de esta casa, donde no he encontrado, ni probablemente encontraré en lo sucesivo, más que la afrenta y el reproche.

—No, Andrés, yo no he querido...

—Usted, señorita, tiene y tendrá siempre aquí, un altar,—y se llevó la mano al pecho.—¡Que sea V. muy dichosa!

Y salió.

—Adios, Polifemo,—gritó Serafin en son de mofa.

Esta nueva bulderia acabó de revolver la cólera en el pecho de Andrés. ¡Hacer befa del defecto que él causó! ¡de aquel mal por el que no sufrió el menor castigo!... ¡Aquello era demasiado!

Y detuvo el paso, como dudando qué resolución tomar, vengadora de la ofrenda. Pero ¿qué iba á hacer? La superioridad brutal del ofensor era patente. Contemplaba á Matilde ya bastante contrariada con la escena á que había dado lugar, aunque inconscientemente, su llamamiento, para aumentar su disgusto... No, no: adelante. Una injuria más, no aumentaría mucho el amargor de su boca.

Y desapareció.

El semblante de Matilde, que quedó pensativa, rebosaba tristeza. Su prometido tuvo con ella, por tal motivo, el primer disgustillo de enamorados.

¿A qué tantas atenciones con el Taquinet del lugar? ¿Qué razones lo abonaban, para depositario de su confianza? ¿A qué conservar al lado siempre aquel ente repulsivo?...

Pero el disgusto en ambos se desfumó á poco, como era natural.

¡Simbolizaba el sacristán china muy pequeña, para hacer descarriar aquella máquina de vapor, que avanzaba con fuerza titánica por la vía de la felicidad!

## VII

—Buenas tardes, hijita,—saludó confiada y cariñosamente una

mujer del pueblo, decentemente trajeada, dada la clase social á que pertenecía, de edad más que cuarentona y metida en carnes, apareciendo en la azotea techada de la casa de los señores de Murillo, donde Matilde, después de comer, se entretenía en convidar con pedacitos de bizcocho, restos de sus postres, á los pintados moradores de una pequeña canariera.

—Ven con Dios, ama,—le contestó la joven, volviendo la cabeza á la voz de la recién llegada.

—Cuidiando á tus canarios ¿eh?

—Ya lo ves... ¿Qué he de hacer?

—Me paece bien... que tamién son ellos hijos de Dios.

—Y amiguitos agradecidos.

—En ocasiones más aína que las presonas.

—Ahora verás como se deshacen en caricias... Chiquitos, chiquitos... pi, pi, piii...

Y metiendo el índice de su mano derecha por entre el enrejado de alambre del jaulón, tres de los cautivos canarios acudieron revolando, y se posaron en un travesaño de caña, próximo al rosado dedo de Matilde, y como tres loquillos, gargoteando chirridos calladitos y arrulladores, prodigaron al perfumado dedo, como si hubiese sido un pedacito de panal enmelado, menudos y redoblados picotacitos, dengosos y acariciadores, entreabriendo las alas, esponjando su amarillo plumaje, restregando en él sus sedosas cabecitas, y demostrando con cien monadas su inocente preferencia.

—¡Animalitos!... ¡Si mesmamente paece que tien conocimiento como nosotros.

—Y lo tienen... á pesar de que Andrés dice que no los mueve más que el instinto.

—¡Qué sabe Andrés!—observó con tono despreciativo la palurda, influída por la opinión que en el pueblo tenía el sacristán.

—¿Y cómo está?—preguntó con interés la prometida del ingeniero.

—Como tos los días... es decir, como tos, dende ocho días pa acá. ¡Arrematao!

—¿Qué dices, Gertrudis?—interrogó Matilde, sacando el dedo de entre el alambrado y poniéndose seria.

—La verdad, hijita... ¡Aquello no tié remedio!

—¿Remedio de qué?... ¿Está malo?

—Malo de la cabeza—añadió con suma naturalidad la ex nodriza.

—¡Ah!—exclamó aliviada del sobresalto momentáneo la compasiva joven.—Si no lo dá más que de ahí...

—Pos mira, hijita, la cosa va poniéndome en cuidiao.

—¿Será posible, ama mía?... Cuenta, cuenta...

—Hasta hace ocho días, cuando iba á asearle el cuarto y hacerle la cama y algo de comer, según tu encargo, solía palrusquear conmigo alguna cosa... manque siempre poco, mientras él se entretenía en co-siquear piernas y brazos á los muñecos que tiene en un rincón del cuarto, componer ruedas á carritos escangallaos, y encolar pájaros y ovejas á sus peanas.

—¡Mis juguetes! ¡recuerdos de mi niñez!— pensó con sabor de apenado cariño Matilde.

—Pero dende ocho días acá... ¡ni *mí!*

—Leerá.

—¡Ca! ¡leer!... Llega de la iglesia, arrellana las posaeras en aquella silla desvencijá y cotelosa... pone los brazos sobre la mesa donde tiene los peleles que no ha compuesto otavía, mete entre las manos la cabeza, y cáatate que ya encontró tema pa to el día.

—¿Y eso dices que pasa hace ocho días?

—Poco más ó menos. Le hago por la mañana una jícara de chocolate, y por la tarde me la encuentro intata... más espesa que los jígaos de un condenaio: le hago pa cenar un guevo escarfao, y hay veces que ni lo prueba.

—Disgustado.

—Debe estarlo; pero ¿de qué?

—He de decírtelo para que no lo motejes como lo hace la generalidad de sus convecinos. Ya sabes que, cuando muchachos, Serafín y él riñeron un día, y que mi novio lo dejó tuerto.

—Sí, y güena trimulina que se armó: tó aquello lo recuerdo bien. La Ceferina puso el grito en el cielo, y tomó parte la justicia en el asunto; pero como el padre era un cabroche, de aquellos de aquí me las den toas...

—¿Qué padre?—preguntó con extrañeza Matilde.

—El de Andrés... es decir, el que pasaba por padre suyo, que según el pueblo toito, había puesto en él lo que yo.

—¡Gertrudis!

—¿Pero nó lo sabías, hijita?... Es verdad que tu naciste muchos años después... cuando ya naide hablaba de aquello, y D.<sup>a</sup> Reyes, muerto su marío, se vió libre de aquel infierno.

—¿Pues qué tenía que ver doña Reyes...—volvió á interrogar la interesante chiquilla, entreviendo algo grave en lo que la cotorrería de su ex-ama iba revelando en su cháchara inoportuna.

—¡Pos no había de tener!... Como que el verdadero padre del sacristán era D. Fausto, su marío.

—¡El padre de Serafin!

—Mesmamente.

—Luego son hermanos...

—Hermanitos de padre... á costa de los pesares sin cuento de la probe señora, que pasó vida de mártir.

—¿Y ellos lo saben?

—Dejarán de saberlo... pos yo supongo que no habrá dejao de haber alguien que se lo haiga dicho.

—¡Qué cosas, Dios mío!

—En el mundo, hijita, hay más historias... retundamente más que las escritas en los papeles.

—Entonces... ya me explico su mutua enemiga, si están en antecedentes. Mis esfuerzos por reconciliarlos han sido inútiles.

—Ya ves, hijos de un mismo padre... cuando este reventó, quedó uno lleno de miles, y el otro en la miseria... Por que aún cuando don Fausto, para echar tierra al asunto le había dao al padre de Andrés, el tío *Tumbón*, algunos miles... á éste, holgazán y borracho, nada le bastaba... y faltándole quien le tapaba la nesecidá diaria, la familia quedó á pedir por puertas, más probe que las ratas.

—¡Qué cosas, Dios mío!—tornó á repetir Matilde, impresionada por tales revelaciones.—Yo no conocí á ese hombre.

—¿Al *Tumbón*?... ¡claro! ¡cómo que murió cuanto tú me tirabas de la teta!... De repente: de una aplopegía de vino, según dijeron. ¡Qué hombre más desatendió!... Entonces... gracias á la proteccion del señor Cura, que en gloria esté y colocó de monacillo al esmirriao Andresillo, pudieron mal comer; y aluego... con tu generosidad.

—Pues cuídalo, cuídalo. El desdichado me inspira cariño y compasión. Dile de mi parte que no se venda tan caro, que me venga á ver... por las mañanas temprano, en que estaré sola, ¿sí?

—Por las mañanas va á la iglesia.

—Antes de ir: que me diga el día que ha de venir, y yo madrugaré para recibirlo.

—Se lo diré. Ahora pende en que él haga caso, porque es mu cabezúo. Ayer sin ir más lejos, viendo lágrimas en sus ojos, le pregunté una y otra vez que por qué había llorao, ¿Me has contestáo tú?... Pos así me respondió él.

—Bueno, pues ahora te voy á dar un pastel de carne que vas á llevarle, con encargo mío de que se lo coma. Esto le gusta mucho...



—¡Ya lo creo!

—Y puede que enviándoselo yo expresamente...

—Allá veremos.

Y Matilde abandonó la azotea y la canariera, seguida de Gertrudis

## VIII

Alboreaba el día, día nuboso y cerrado de pleno invierno, con cuyas grisáceas brumas luchaba la luz crepuscular casi vencida.

Era precisamente el aniversario de aquella mañana inolvidable en que Matildita encontró en la canastilla del balcón la carta perfumada que, como llamador magnético, abrió su corazón á las desveladas horas del amor.

Y no lo he dicho todavía, por sobrado olvidadizo. En una de las primeras pláticas que á solas tuvo con Serafin—¡pueril curiosidad!—le preguntó que si era él quien la había escrito.

—No,—le contestó su amante—¿á qué había yo de andar con esos misterios y contradicciones? Eso solo lo escribe un adorador anodino y estúpido, que quiere y no quiere... ó le da vergüenza de revelarse.—¿Tú no has notado alguna vez, preferencias interesadas en algún amador de baja estofa?

—Jamás.

Y no hablaron más respecto de la carta.

La parroquia estaba sola y casi á obscuras, ó, mejor dicho, á obscuras sin casi. Únicamente en la abocinada y circular ventana que oradaba el muro del coro, frente al altar mayor, se percibía una tenue y pesada palidez diurna, que empezaba á desembozar de tinieblas las angulosas y carcomidas figuras del gótico retablo, que aguardaban inmóviles, con el *fiat lux* bíblico, la comunicación cotidiana con las falanges de pecadores, en forma de preces, y el calor de las ofrendas incensarias para reanimarse.

Unos pasos interrumpieron el místico silencio, y dos mujeres penetraron en la casa de Dios, de distinguido y señoril aspecto, con las mantillas echadas hacia el rostro, quienes después de tomar agua bendita, se hincaron de rodillas en dos reclinatorios.

El silencio perturbado momentáneamente por sus pasos, volvió á reinar en el templo, á intervalos interrumpidos por el siseo de las calladas oraciones de las damas, y el leve choque entre sí de las cuentas de sus rosarios.

Mas á poco un ruido extraño y apenas perceptible las hizo volver

la cabeza hacia una capillita lateral, donde la luz de una lámpara mortecina y vacilante, se ahogaba entre los densos cortinones de sombras, que como desprendidos de las nervosidades graníticas de la ojival techumbre, llenaban el sagrado recinto, sobre cuyo altar se percibía, aunque confusa y borrosa, la oscura silueta de una imagen de Nuestra Señora de los Desamparados.

A los pies de la efigie, desbruzado sobre la ménsula del altar, descubrieron un bulto informe, cuyo traje talar no les permitía determinar el sexo á que pertenecía; mas por su postura y los sollozos comprimidos que exhalaba, dedujeron ser un prójimo presa de profundo dolor.

— Mamá ¿quién será?...

— Algún desgraciado.

— Voy á ver qué le ocurre, puesto que aún no ha venido el señor Cura.

Y Matilde, que ella era, irguiéndose y guiada por un impulso de conmiseración cristiana, acercóse al sollozante.

— Hermano ¿qué le pasa?—le preguntó quedito, poniendo en sus palabras toda la piedad de que era capaz su alma generosa y compasiva.

— ¿Qué?... —dijo incorporándose y volviendo la cabeza el ensotado gimiente.

— ¡Andrés!

— ¡Señorita Matilde!

— ¿Con que eres tú?

— Yo, si... nadie. ¡Haga V. cuenta que nadie!

— ¿Qué te sucede? ¿por qué lloras?

— Lloro... por llorar.

— En este sitio...

— ¿Dónde mejor? El templo es el hospital de los enfermos del espíritu.

— ¿Qué mal te aqueja?

— ¡Cansancio de la vida!

— ¡Y nada me has dicho!—le reprochó cariñosamente la joven.

— ¿Para qué?—dijo con estoicismo desconsolador el sacristán.

Esta [interrogación desconcertó á la novia, que en su nunca entibiada afición á Andrés, no esperó escucharla de sus labios.

El jiboso que se percató de tal efecto, se apresuró á añadir, dulcificando y hasta explicando el concepto:

— Se lo he dicho á la Virgen de los Desamparados, mi patrona,

por si en la soledad en que me hallo, me juzga acreedor á su divina protecci3n.

—¿Dudas de que yo hubiese acudido en tu socorro?

—Si... no... ¡qué se yo! Perd3n, se1orita, perd3n para un pobre loco!

—No, loco no, ingrato sí... ¡ingrato con la persona que más te ha querido!

El pobre jorobado, al escuchar este juicio, bien contrario al efecto que siempre había sentido hacia su adorable bienhechora, no supo, no acertó, no pudo contestar, sino que, cubriéndose el rostro con las manos, lanzó un gemido profundo, dilacerante, y repitió con inflexiones de suprema congoja:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Sonaron nuevos pasos en la iglesia: era el cura que llegaba.

Matilde separándose de su afligido amigo, tornó, arrodillándose, al lado de su madre, á la que refirió la breve escena habida con aquel en la capilla.

Después de haber permanecido unos instantes el párroco en la sacristía, salió de ella y entró en el confesonario, al que acudió Matilde á silabear sus culpas y purificar su alma, como preparaci3n para cambiar de estado en gracia de Dios.

Tras ella se confesó su madre.

Apenas ésta se había arrodillado junto á la cráticula del confesonario, cuando aparecieron en la iglesia Serafin y su tío D. Torcuato, que iban á hacer lo propio; pues éste, cristiano á macha martillo, quiso actuar de padrino en estado de gracia.

Terminadas las confesiones y preparados para recibir la Sagrada Eucaristía, avanzaron al altar mayor y se arrodillaron en sus gradas, así que el párroco salió de la sacristía revestido de sobrepelliz y estola, llevando en la mano la bolsa de los corporales.

Precedíalo Andrés con sus desairados cambaluces y los ojos bajos, notoriamente compungido.

Cuando el sacerdote, cop3n en mano, fué á dar á los exculpados la Sagrada forma, y el sacristán alargó la diestra, colocando bajo la barba de los comulgantes la bandejilla de plata destinada á evitar que pudiese caer al suelo el cuerpo de Jesucristo, un temblor inusitado agitaba su mano, y con su mano la bandeja, llegando el caso de tocar con ella la barba del Juez municipal, lo que le valió una seca advertencia del señor Cura.

¡Qué descompuesto estaba el pobre lisiado, que pareció insensible á la admonici3n!

Terminada la comunión, todos abandonaron el altar y volvieron á sus respectivos asientos.

El sacerdote, de retorno en la sacristía á fin de revestirse para celebrar la misa, enderezó á Andrés nueva amonestación por la falta cometida, con más latitud y hasta acrimonia que ante el altar.

—Perdone Ud., señor Cura: estoy enfermo... enfermo de tal suerte, que por hoy, al menos, no podré seguir ayudando á usted.

Convencido á la simple vista el sacerdote de que decía verdad, repuso:

—Bien, pues vete á casa, acuéstate y duerme.

—Sí: un sueño largo... ¡muy largo! Así lo haré.

Y salió de la sacristía.

Al pasar junto al cepillo de las Animas, se detuvo y echó en él una, dos y hasta tres monedas, dádiva que extrañó á Matilde, para la que no pasó desapercibido tal detalle, conociendo como conocía los escasos recursos y el espíritu económico de su imperfecto amigo.

Aquello en él, más que limosna, era una prodigalidad, casi un despilfarro.

Inmediatamente Andrés se zambulló en la penumbra de la capilla de su patrona, donde arrodillado volvió á orar y afligirse, hasta provocar un hipo cavernoso,—parecido al que acometía á los posesos al lanzar del cuerpo el espíritu maligno,—que en vano procuró dominar y lo obligó á abandonar la iglesia, vacilante, calenturiento, ébrio de dolor, como un autómatas, sin volver la vista á parte alguna.

—Pero, Dios mío, ¿qué le pasará al pobre Cuquito?—se preguntó Matilde, cuyos ojos y oídos persiguieron al corcovado hasta que salió del templo.

Terminada la misa, novios y padrinos lo abandonaron también.

—Pues señor—observó Serafin, así que estuvieron en el átrio,—creo que no nos aproveche, como debiera, la comunión que hemos recibido.

Los demás callaron: él continuó implacable:

—Yo al menos, por lo que á mí concierne, aseguro que en mi vida he recibido á Dios con menos tranquilidad y devoción. Ese empecatado cojitranco me distraía, comunicándome su excitación nerviosa, de tal manera, que á punto estuve de darle un manotazo en el azafate y enviarlo á freír espárragos. ¡Si parecía hecho de azogue!

—Malo estaba, malo estaba,—repitió el Juez municipal, asintiendo al último concepto.

Matilde y su madre siguieron silenciosas, pensando tal vez en la

disculpa que merecerían muchos actos de la vida, que el público censura, si nos fuese dado aquilatar las causas que los motivan.

## IX

A las seis de la tarde y en casa de D. Pedro Murillo, uniéronse en lazo indisoluble la hermosa Matilde y el apuesto Serafín, bendecidos no sólo por el párroco, sino por la innúmera colmena de convidados, que, vecinos del pueblo y forasteros, había sido invitada á la nupcial ceremonia.

Esta, contra la general costumbre, no tuvo lugar en la iglesia de la villa, porque Serafín, no muy bien avenido con las prácticas de sus mayores, dijo que era muy *cursi* y de mal tono casarse en la iglesia; así que hubo necesidad de impetrar el permiso episcopal para recibir el sacramento en el domicilio de la contrayente.

¡Qué soberamente bella estaba ésta! Con su traje de crespón de la China, ornado con encajes de Chantilly, aderezo de brillantes, el simbólico ramo de azahar á un lado del busto, prisionero de riquísima y destellante fíbula, y prendido en la cabeza el diáfano velo de Malinas, ofrecía un tipo verdaderamente ideal.

Insensiblemente, cuando hablaba con los comensales ó pasaba al lado de ellos, haciéndoles sentir la tiranía de su hermosura, las palabras balbucían, las ideas se enmarañaban y las cabezas se inclinaban con respetuoso cariño, como reverenciando por natural instinto á aquel ser superior que solo necesitaba un altar para ser adorado como diosa.

Después del desposorio y de despojarse Matilde del velo nupcial, se sirvió un *lunch* á los convidados.

—¿Y qué es un *lunch*?—preguntó un pariente de la casa, secretario municipal de un pueblo vecino, al criado que lo invitó á pasar al comedor.

—No sé decir á Ud.: es cosa del señorito Serafín, que ha dado en llamar así á lo que va á tomarse.

—A la cena ¿eh?... porque á lo que se va es á cenar ¿no es eso?... Entiendo, entiendo: un buen *frite*, un gran asado, unas perdices en blanco...

—¡Ca! no señor, no hay nada de eso: todos son fiambres.

—¡Recontra! ¿cosas frías?...

—Sí, señor... también helados.

—¡Vaya, hombre, qué novedades tan faltas de sentido común!... ¡Helados en Enero! Y, dime, lo que habrá en abundancia será vino ¿eh?

—Eso sí: han traído más de cien botellas de distintos nombres y países, todos muy enrevesaos... según dicen.

—No, no, yo me refiero al vino de por acá.

—De ese hay tres corambres.

—¡Primores! Pues con ese nos calentaremos el estómago de las frialdades que nos causen esos *pistis*.

El criado había sido verídico en su información. En un principio D. Pedro acarició la idea de que la boda de su hija rivalizase con la de Camacho el rico, ya que Dios le había dado sobrados bienes para ello, y, si por bien era, no habría de haber otra en su casa, por lo que deseaba que quedase memoria de ella en la comarca; mas en cuanto hizo una insinuación en tal sentido á su futuro yerno y éste le habló de *menús, consommés, entrées, rots, punches, hors d'œuvres* y otras palabrejas análogas, puro griego para él y sus lugareñas relaciones, desistió de su propósito, temiendo, de complacer á Serafin (y no era cosa de contrariarle en absoluto) que la comida resultase incomible para sus parientes y paniaguados, jamás tocados, ni aun en materia bucólica, de extranjerismo. Luego el mismo contrayente había criticado por plebeya y rutinaria la costumbre de tener almuerzo, comida y cena en los días de boda y tornaboda, por no ser abonado más que para regodear y tupir los sentidos y ocasionar camorras. Pero con algo había que agasajar á los convidados ¿cómo no? . . y triunfó por fin el novio: su matrimonio se celebraría con un *lunch*, que podría encargarse á un *restaurant* parisién; mas D. Pedro, que era muy español y no quería dejarse ganar en absoluto la partida por el ingeniero, dijo que no, que no era necesario ir á buscarlo tan lejos, pues en España había de sobra con que obsequiar á los convidados, que ciertamente no estaban acostumbrados á manjares exóticos y desabridos á su paladar. Transigió, aunque á regañadientes, el hijo de D.<sup>a</sup> Reyes, y se encomendó el *lunch* á Lhardy, á quien el flamante Grajera no daba mayor estimación en su arte, que la de pinche de cualquiera de los grandes *restaurants* de Bruselas ó París.

Eso sí, se le hizo especial encargo (por ser indiferente á D. Pedro ó por galantería con su futuro hijo político) de que las viandas que sirviese fuesen de las típicas de la repostería francesa.

El decorado de la mesa constituyó para los convidados una página en acción de las *Mil y una noches*. ¿Cuándo pudieron ellos soñar cosa parecida? Y con su ignorancia lugareña y su falta de costumbre, surgieron por doquiera escenas risibles con los platos que se servían. Y menos mal que, como todos, ó casi todos, daban su nota cómica ó

ridícula (alterando la bilis del novio que mal sobrellevaba tanta ordinareiz y bellaquería) dispensábanse mutuamente porfias y desaciertos en el decir y en el comer.

Las siete de la noche serían, cuando el padrino, tío del desposado, recibió un recado al oído, de uno de los criados de la casa, que lo hizo levantarse de la mesa y salir, cosa en que nadie hizo alto, por hallarse ya los cerebros un poco caldeados y ser general la animación de los comensales.

De paso habló el funcionario judicial con el secretario del Juzgado, que ocupaba un sitio próximo á la puerta de entrada al comedor, quien abandonando también su sitio, siguió á su jefe.

Los convidados continuaron animando el cuadro, y seguramente el espíritu más observador no hubiese encontrado en el cielo de aquella mansión de la dicha, la más pequeña nébula desventurada.

A los cinco minutos, á causa de otro recadito, salió del comedor el médico titular, que había pronunciado un gracioso é intencionado epitalamio en honor de los recién casados, cuya salida tampoco llamó la atención, por estar ésta cautiva de unas rimbombantes décimas que el maestro de escuela, puesto de pie y uniendo la acción á la palabra, declamaba con voz altisonante y campanuda, felicitando á los desposados.

Pero de allí á un rato, D.<sup>a</sup> Perfecta, más atenta que los demás, por galantería y por interés á cuanto en torno suyo ocurría, advirtió que á la puerta del comedor los criados que entraban y salían, se detenían y cuchicheaban entre sí, reflejándose en sus rostros y actitudes, sorpresa, extrañeza, admiración, algo inusitado que iba comunicándose como un contagio de unos á otros, y aun á algunos de los convidados más cercanos, que entablaban bajito vivos diálogos con los sirvientes.

—Pero ¿qué ocurre, Tomás?—preguntó á uno de éstos D.<sup>a</sup> Perfecta, picada también de curiosidad.

Tomás, antiguo dependiente de la familia, que conocía bien las afecciones y amistades de ésta, quedó como aturdido con tan natural pregunta, y contestó titubeando:

—Yo... señora... he oído ¡no sé, no sé! pero es lo cierto...

—¡Cómo!—exclamó alarmada por aquella indecisión D.<sup>a</sup> Perfecta:—¿tan extraordinario es lo que ocurre que no te atreves á manifestarlo?

—¡Ya lo creo que lo es!—dijo contestando á aquella interrogación el Juez municipal, entrando de nuevo en el comedor, con visibles síntomas de contrariedad, trayendo en una mano el bastón de autoridad y en otra un papel doblado.

Todos los circunstantes enmudecieron y las miradas de cien ojos convergieron á D. Torcuato.

—¿A ver? ¿qué pasa?—preguntaron al fin D. Pedro, D. Justo y D.<sup>a</sup> Reyes.

—Uno que se ha matado—contestó gravemente el padrino.

—¡Jesús! ¡canastos! ¡zambombal!—corearon serprendidas varias voces.

—Pero ¿persona conocida?—repuso D. Valentín.

—¡Ya lo creo!

—¿Quién? ¿quién?—preguntaron, á la vez que D. Justo, muchos comensales.

—Pues nada menos que Andresillo, el sacristán.

—¡Calle Ud., D. Torcuato!

—¡Lo que usted oye, D.<sup>a</sup> Perfecta!

—¡Si ya lo decía yo!—añadió D. Valentín—Ese muchacho estaba chiflado, y más tarde ó más temprano tenía que dar la campanada.

—¡Lástima que no hubiese conocido antes que estaba en el mundo estorbando!—exclamó D.<sup>a</sup> Reyes, á excitación de amargos recuerdos, que también pasaron por la mente de algunos de los convidados.

— Cuando llegamos á su casa, era ya cadaver. Estaba echado sobre la mesa en que escribía: delante tenía un vaso con un poco de jarabe, que el médico dijo ser de morfina, bien cargado.

—Un suicidio—calificó doctoralmente D. Justo.

—Esos son los caracteres que reviste el hecho.

—Pues sobreseimiento libre por exención de responsabilidad, número 3.<sup>o</sup> del artículo 637 de la Ley procesal—concluyó con énfasis el togado.

—¡Qué barbaridad!—refunfuñó para su colete el Secretario de Ayuntamiento, que ejercía la abogacía.—¡Y ese hombre ha sido Magistrado!

—Sobre la misma mesa y colocados con cuidado—prosiguió el Juez municipal—vimos dos ó tres muñecas, unas sin cabeza, otras sin piernas ó brazos, un tímpano de cristal, media peineta de concha, un guante pequeño, como de niña, un rizo de pelo cosido á un cartón, un dedal, una careta de raso negro ¡y qué se yó cuantas baratijas mas!

Doña Perfecta, que en los objetos que D. Torcuato enumeraba iba descubriendo las reliquias de la infancia juguetona de su hija, sentia ir creciendo su alarma por grados, presintiendo en el desgraciado Andrés algo anómalo é inquietante, relacionado con la desposada.

—Al incorporarlo un poco para cerciorarnos de su estado, encon-



tramos bajo su rostro este papel, que he de leer á ustedes por lo curioso.

—Sí, sí, léalo Ud., léalo Ud.

—Oid. «¡Perdila para siempre!... ¡para siempre! En mi inconcebible locura, soñaba con ella á todas horas. ¿Qué es soñar?... Soñar es vivir.—Yo, ludibrio de la naturaleza, no podía esperar obtener su posesión en recompensa de mi ardiente anhelo, y la amaba mudo y contemplativo; pero mientras fuese libre ¿por qué no adorarla desde el fondo de mi pecho, lleno de su imagen?—¡Perinolita, Perinolita! Una barrera infranqueable se alza entre los dos. Este corazón caldeado por tus encantos, no volverá ya á hipnotizarse á los ecos de tu voz, que vibraban como arpegios de un salterio en este mísero cuartucho que tú convertías en un Eden. En él reinará la soledad eterna, fria y silenciosa, que sola tú ahuyentabas con tu presencia; y desposeído de tanto bien, de ese único bien, esencia de mi vida ¿qué hacer sino morir?»

»Mis momentos de existencia se acortan. Un dulce sueño se vá extendiendo por todo mi ser. Mañana, después que doblen las campanas, nadie se acordará de mi. Tú, más compasiva que todos, no olvidarás tan pronto á tu devoto amigo, y me dedicarás una plegaria y una lágrima, única esperanza consoladora que dejo tras mí sobre la tierra.»

A la lectura de esta epístola, destello de un romanticismo wertheriano, siguieron unos instantes de silencio. En todos los cerebros había hecho bullir consideraciones más ó menos filosóficas y variadas, siendo desasosegantes las que asaltaron á los padres y tíos de la recién casada al calcular los peligros á que ésta había estado expuesta, en casa del difunto, á los que habían vivido bien ajenos.

—Ahí verán ustedes, señores, á un sacristán de su catadura, enamorado como un cadete,—observó D. Valentín, disimulando su momentánea preocupación y tratando de encubrir la de sus parientes.

—Pero ¿quién era la dama de sus pensamientos... esa Perinolita de que habla?—preguntó el abogado, desconocedor, como casi todos los concurrentes, del significado de aquel apodo mimoso y regocijado.

—Algun adefesio como él—contestó el coronel, persistiendo en la defensa de su sobrina contra toda suspicacia.

Y en preguntas y respuestas de este jaez prosiguieron los intespectivos comensales.

¿Y Matilde?

Matilde, cuando su padrino dió el nombre del suicida, se llevó el pañuelo á la boca, amordazando en ella un grito de sorpresa y de dolor. Su faz se tiñó del color de la gualda y una crispación nerviosa se

apoderó de todo su ser, con la que luchó como una heroína, por no dar un espectáculo desagradable en ocasión tan crítica.

Durante la lectura de aquel documento malhadado, fué comprendiendo el doble afecto de Andrés, y el sacrificio que el infeliz se había impuesto para no darle á entender, ni aun sospechar, aquella pasión alimentada al calor de su continuo trato.

Entonces se explicó su oculto sollozar á los pies de la imagen de los Desamparados por la mañana, y aquel cansancio de la vida que entre lágrimas amargas le había revelado con la sinceridad de un niño.

¡Perinolita! Cuando el curioso letrado preguntó por ella y su tío respondió que sería otra tal cual el amante, sintió en las mejillas el calor de la vergüenza.

Aquel apodo afectuoso, nombre de batalla en sus infantiles travessuras, que tan bien le sonaba en boca de su fiel amigo, la abochornó en boca extraña. Ya no habría nadie que la volviese á nombrar así. El mote triscador y festivo, sería el emblema de sus recuerdos de niña, hasta que el tiempo los fuese deshojando en la corriente del olvido.

—Ya ves que divertido fin de fiesta nos depara tu *grand enfant*, —dijole Serafin.—Bien podía haber aguardado á mañana para derrochar su vida y su *esprit*... Porque tu lo sientes. ¡Es disculpable tu disgusto! Mas ¿lloras?... ¿lloras por él? ¡Bah, bah, bah! Eso es ya excesiva sensiblería. ¿Si serás tu la perdida señora de sus pensamientos?—concluyó con tono entre celoso y zumbón el reciencasado.

Matilde no contestó un solo monosílabo. ¿Se hacía cargo de las impías ocurrencias de su esposo? ¡Tal vez no! Abstraída de su propio dolor, de sus hermosos ojos fluían dos hilos de lágrimas que iban á perderse en la cascada de encajes que cubría su seno, como se pierde la cinta cristalina de un arroyo entre las arenas movedizas de un desierto, y sus labios tremantes se movían en silencio, como rezando una oración.

¡La postrer esperanza de Andrés se realizaba!

Su desgracia, su mortal desgracia, obtenía de aquella boca de claveles, que tantos besos había hecho estallar sobre la suya, la ferviente plegaria, única que se arrastraría á los pies del Salvador, implorando para él misericordia; y aquellos ojos fascinadores, espejos tantas veces de los suyos, las únicas lágrimas benditas que habían de agradecer á la tierra la yerta hospitalidad de sus cenizas.

PUBLIO HURTADO.

# EL CASTILLO DE PIEDRABUENA

*A mi querido amigo Andrés Sánchez de la Rosa.*

(Conclusión.)



**G**UERRAS *entre Monroyes y Solises.*---La paz de que gozaron cerca de veinte años estos castillos, después de las contiendas que acabamos de referir, se vió de nuevo turbada en 1464, por las enconadas rivalidades de dos poderosas familias extremeñas, ambas de extraordinario prestigio y arraigo en la Orden de Alcántara y ennoblecidas por el valor de sus hijos.

Estas funestas divisiones, que tan costosas fueron al suelo extremeño, no pudo terminarlas D. Enrique IV; tal vez las fomentó con sus debilidades. Hubo que esperar al glorioso reinado de los Reyes Católicos. D.<sup>a</sup> Isabel, sobre todo, con la prudente entereza y perseverencia de que dió tantas pruebas en la pacificación de esta comarca, puso remedio á males tan graves que, por lo inveterados, parecían incurables.

Séanos permitido anotar aquí ligeros antecedentes biográficos acerca del principal protagonista de aquellas luchas, el famoso Clavero de la Orden de Alcántara, D. Alonso de Monroy. Hijo segundo del señor de Belvís, Almaraz y Deleitosa, de su mismo nombre, y de doña Juana de Sotomayor, hermana del Maestre de Alcántara D. Gutierre, fué de rostro agraciado, aventajada estatura y fuerzas hercúleas. Parco en la comida y en el sueño, incansable en el trabajo, á su extraordinaria pericia en el arte militar unía una actividad y un valor asombrosos. Su espada y su lanza apenas podían ser manejadas por los demás. Siempre el primero en acometer y ocupar los sitios de más peligro y el último en retirarse del campo de batalla. Le granjearon estas cualidades y la generosidad con sus soldados, gran popularidad entre

los hombres de armas. Sus hazañas, cantadas en los romances, fueron el espejo en que se miraron en la siguiente centuria García de Paredes, Pizarro, Hernán Cortés y otros muchos, que dieron tanta fama á Extremadura en América, Flandes y Filipinas.

Quedó sin padre, cuando apenas contaba 13 años, y su tío D. Gutierrez de Sotomayor, que gobernó la Orden desde 1431 á 1455, le llevó en su compañía. Allí se adiestró en el manejo de las armas, que tan alto renombre habían de darle, é ingresó en la Orden de Alcántara.

Se encendió la lucha entre estas dos poderosas familias con el siguiente motivo. El Maestre de Alcántara D. Gómez de Cáceres y Solís, en 1464 casó á su hermana D.<sup>a</sup> Leonor con el caballero trujillano Francisco de Hinojosa. Tuvieron lugar las bodas en Cáceres con grandes fiestas y juegos, acudiendo á ellas mucha nobleza extremeña. Sabido esto por el Clavero, que á la sazón estaba en Montánchez, vino luego á Cáceres. El día anterior á los juegos de cañas, propuso el Maestre á los Caballeros que luchasen, costumbre entonces muy usada. El Clavero era de los que más se distinguían, y nunca luchaba sino con una mano, teniendo la izquierda atada atrás, y aun de esta manera nunca se hallaba quien le derribase. Aunque todos deseaban verle, ninguno se atrevió á provocarle, fuera del novio, que era valiente en extremo. Ante los ruegos de éste se excusaba el Clavero, pero instado por el Maestre, contestó que lo haría, pero solo con una mano en la torma de siempre. A esto replicó Hinojosa «que con tal ventaja, con Hector que fuera, no lucharía» quedando muy corrido y enojado y mucho más los hermanos del Maestre.

Al día siguiente salieron á jugar cañas, y tenían puestos unos tablados muy altos para que los caballeros tirasen varas sobre ellos. Y como todos las hubiesen tirado, el Clavero tomó una lanza gineta y poniendo piernas al caballo, la arrojó por encima de los tablados. Causó admiración á todos tanta fuerza y destreza y aumentó la enemistad y envidia de los hermanos del Maestre y de Hinojosa, hasta el punto de concertar la muerte del Clavero. Se encargó de ello Hinojosa, tirando dos ó tres cañas á D. Alonso, cara á cara, y una de ellas le dió cerca de un ojo. Apercebido el Clavero de tan ruin intención, le tiró otra que, después de abollar el casco, le hirió en la cabeza, cayendo desvanecido Hinojosa debajo del caballo. Juzgándole muerto, acometieron con saña al Clavero. Este, á pesar de haberle cortado la adarga por tres ó cuatro partes, y tener herido el caballo, se defendió bravamente de todos, solo con su espada, teniendo al fin que rendirse á las intimaciones del Maestre, quien, con fuerte escolta, le mandó preso á

Alcántara, no consintiendo que le mataran, en consideración á no resultar grave la herida de Hinojosa.

D. Alonso, rompiendo grillos y cerrojos y desquiciando puertas, huyó de la prisión, y, con 80 lanzas y 50 peones, que pudo reunir, tomó el camino de Montánchez, á ver si le ayudaba su cuñado el Comendador Portocarrero. Este se desentendió por juzgar la empresa temeraria.

No desmayó Monroy por esta contrariedad, y, en una noche lluviosa y de viento, vino sobre Azagala, y, á pesar de tener el castillo para su defensa 200 lanzas, le tomó por asalto, pasando á cuchillo parte de la guarnición y quedando prisioneros los demás.

Llegó la noticia al Maestre que, aún se encontraba en Cáceres, y, recogiendo las tropas que pudo de allí y de Alcántara, las envió á sitiarse al Clavero. Este, lejos de acobardarse ante la superioridad numérica de las fuerzas contrarias, de día y de noche hacía tantas y tan valientes acometidas, que llegó á cansarles.

Hemos visto antes que sólo contaba el Clavero con 80 caballos y 50 infantes, esto es, la décima parte de las tropas del Maestre, y, sin embargo, les obligó á levantar el cerco.

Creció con esto la fama de Monroy, y se le unieron muchos capitanes de la comarca, quedando el Maestre tan amedrentado, que no se atrevía á impedir las frecuentes correrías y presas de ganados que hacían en los pueblos sometidos á su obediencia. Ardiendo en deseos de acabar con él, le envió sus más valientes capitanes para desafiarle. Con tres de ellos hizo campo y les mató. Desde entonces, ya nadie se atrevía á luchar cuerpo á cuerpo con tan intrépido guerrero.

Continuó la lucha en el año siguiente de 1465 con igual encarnizamiento, y el Clavero sitió á Coria donde estaba el Maestre y su hermano Gutiérrez de Solís. Se acercaba el invierno, y las tropas de ambos partidos estaban fatigadas con tantos encuentros, y carecían, además, de bastimentos. Vino por entonces D. Enrique IV á Trujillo y, á instancias suyas, y mediando personas de uno y otro campo, se hizo la paz y reconciliación de tan encarnizados bandos. El Clavero levantó el sitio de Coria y el Maestre le dió en recompensa las fortalezas de Piedrabuena y Mayorga. Esto pasaba en Octubre de dicho año.

No tardó muchos meses el Maestre en romper las paces concertadas. Pretestando que las dos fortalezas dadas al Clavero no eran suyas sino de los Comendadores, que las tenían recibidas de la Orden, dió á éstos, á principio de 1466, 2.000 lanzas para que pudiesen re-

cuperarlas. Merced á su vigilancia tuvo inmediato aviso de todo esto el Clavero, que estaba entonces en Montánchez, y partió con 200 de sus mejores lanzas en defensa de los castillos, sin intimidarle el rigor del invierno y las grandes lluvias de aquellos días. Llegó de noche á Piedrabuena, encontrando bien alojados á sus enemigos en las cercanías del castillo y con grandes fuegos encendidos para preservarse del frío. Al amanecer les acometió valerosamente, y, turbados con tan repentino asalto, quisieron salvarse á caballo. En ello encontraron su perdición, porque, como estaban sueltos los caballos, con el ruido y alboroto se derramaron por todas partes y no les fué fácil el recogerlos. En cambio el Clavero y los suyos venían muy en orden, y les desbarataron fácilmente, pasando muchos á cuchillo y encontrando los demás su salvación en la fuga.

De los grandes despojos que dejaron en el campo, dió parte de ellos el Clavero á los defensores de Piedrabuena, y las gracias por lo bien que se habían portado, alentándoles á seguir en adelante por el mismo camino. Pasó á Azagala á curar los heridos y prepararse para caer sobre Mayorga, que tenían también cercada los partidarios del Maestre. Estos fueron más cuerdos, pues luego que tuvieron noticia de lo ocurrido en Piedrabuena, alzaron el sitio y se fueron á Cáceres, donde estaba el Maestre.

En este intermedio se presentaron al Clavero en Azagala muchos deudos suyos con hombres de armas para ayudarle. Fueron los principales Frey Gutierre de Raudona, tío suyo y hermano de su abuelo; Luis de Chaves, uno de los principales caballeros de Trujillo y Frey Pedro de Villasayas, comendador de Santibañez. Recibióles muy contento D. Alonso y les agasajó. Al día siguiente mandó hacer alarde y sacando un estandarte, con su gente y la que se le había incorporado, se dirigió al castillo de Mayorga, que encontraron libre de enemigos. Lo sintió mucho el Clavero, que deseaba pelear y probar el esfuerzo de aquellos caballeros sus huéspedes, y de las 100 lanzas que venían con ellos. Después de premiar á los de Mayorga por la valerosa defensa del castillo, regresaron á Azagala, donde el Clavero les obsequió con una cena espléndida.

A este tiempo llegó un correo con cartas de Lorenzo de Ulloa, Juan de Carvajal y otros caballeros cacereños, que deseaban sacudir la tiranía del Maestre.

En acabando de leer la misiva mandó ensillar el Clavero y, gozoso del viaje y de la empresa, dijo al Comendador Mayor y á Luis de Chaves, que le habían de pagar el escote de la cena, aunque fuera

mucho más de lo que le debían, pues les pondría pronto en ocasión, aunque peligrosa, de ganar mucha honra. Salieron de Azagala con 300 lanzas y 400 infantes, llegando á Cáceres al amanecer. Con ayuda de los de dentro y haciendo huir al Maestre se apoderó Monroy de la villa, y después de ponerla á la obediencia de D. Enrique IV, se volvió á Azagala para proseguir la campaña contra el Maestre, con el mismo tesón y acierto que en todas sus anteriores empresas.

Después de breves días de descanso, marchó, desde Azagala, el Clavero á Brozas y, desde allí, realizó la atrevida sorpresa dada en Garrovillas al Maestre y al Conde de Alba de Aliste, que no referimos aquí por salir de los límites que nos hemos propuesto, y que pueden los lectores ver en la Crónica de la Orden de Alcántara.

Después de devolver la villa de Brozas al Comendador mayor, regresó á Azagala. Esto pasaba en 1467.

En el mismo año, y aprovechando una ausencia del Maestre, el Clavero con 200 caballos y 400 infantes, reclutados en los tres castillos, cercó el inespugnable de Alburquerque, que hacía algún tiempo había perdido el duque D. Beltrán de la Cueva, á quien se lo entregó con la villa después de conquistados, retirándose al castillo de Azagala.

En 1469 cercó el Maestre á Piedrabuena, sin poderla tomar. Continuó la lucha tan reciamente como antes y favorecido casi siempre con la victoria el Clavero. Este logró ser elegido Maestre en 1472, cuya elección se ratificó al año siguiente, al ocurrir la muerte de su enemigo D. Gómez de Cáceres y Solís.

\*  
\* \* \*

Preso Monroy en Magacela por ardides de D. Francisco de Solís, que le disputaba el Maestrazgo, se suspendió la lucha durante los diez y ocho meses que duró la prisión. Salió de ella mediante la intervención de Frey Juan de Soto en 1474, que entonces era Clavero, con quien concertó entregarle por su libertad el castillo de Mayorga, que D. Alonso había dado á Ruy Pérez de Monroy, su sobrino, abuelo de Hernán Cortés.

Este Ruy Pérez se resistió en 1473 á entregar el castillo de Mayorga á la duquesa de Plasencia, despreciando el ofrecimiento que le hizo de 300.000 maravedís de renta anual. Soto exigió á D. Alonso en rehenes, hasta el cumplimiento de su promesa, á su madre, su hijo D. Francisco y una sobrina, hija del Alcaide de Montánchez. Soto en 1480 puso esta Encomienda á la obediencia de D. Juan de Zúñiga. Las

otras ya lo estaban anteriormente, y la de Piedrabuena la dió D. Francisco de Solís á su hermano Pedro de Pantoja.

Luego que salió de la prisión D. Alonso de Monroy, puso su espada y castillos al servicio de los Reyes Católicos, combatiendo ruda-mente desde 1474 á 1478 á la Duquesa de Plasencia y Condesa de Medellín, partidarias de la Beltraneja. Con sobrada razón pudo decir el docto Barrantes: «Acaso y sin acaso no ganarán el Reino, que tan feliz habían de hacer, sin este poderoso león, que defendió las entradas de Castilla, y aquí es donde encontrarán los historiadores la mayor gloria del Maestre de Alcántara (D. Alonso de Monroy) robusto atleta del mayor Trono alzado en nuestro suelo».

Desgraciadamente nos perseveró en esta conducta y, resentido con los Reyes Católicos porque no le ayudaban en lo del Maestrazgo, se hizo partidario del Rey de Portugal. En 1479, después de la batalla de Albuera, se refugiaron los derrotados en Azagala, Piedrabuena y Mayorga y, desde estos castillos, que poco antes puso á la obediencia del Portugués, mantenían la lucha contra los de la Reina, siendo D. Alonso el que más molestias ocasionó á los pueblos leales.

Al hacerse las paces con Portugal en dicho año, y renunciar definitivamente D. Alonso á sus pretensiones, recibió la tenencia del castillo de Azagala con todas sus rentas. En él se encontraba en 1484, cuando pasó por allí el Rey D. Fernando, camino de Andalucía. Supo D. Alonso que había el Rey de descansar en una ermita no lejana del castillo, y le pidió permiso para ir á saludarle. Obtenido éste, acudió al sitio mencionado con sus deudos y criados armados. Viéndoles llegar algunos de los acompañantes del Rey, dijeron: «allí viene el gran ladrón». Apenas llegó, apeóse del caballo, é hincado de rodillas besó al Rey la mano. Este le mandó alzar diciendo: «levantáos D. Alonso» y como permaneciese sin moverse insistió el Rey: «alza Clavero». Continuó quieto, replicando al Rey *que no era aquel su nombre*. Entonces le dijo éste: «levantáos Maestre» é inmediatamente lo cumplió D. Alonso. Estuvo hablando largo rato con el Rey, y, despedido afectuosamente por éste, montó á caballo sin poner el pie en el estribo, retornando á su castillo. El Rey le estuvo mirando y, volviéndose á los que estaban con él, dijo: «¿este llamais ladrón? Díole yo gran caballero, pues si quisiera pudiera matarnos aquí á todos á lanzadas; ahora me persuado ser cierto todo lo que de sus hazañas y valentía se ha dicho.»

Murió D. Alonso en Azagala en Junio de 1511, ya octogenario, y sus restos fueron trasladados al Convento de San Benito de Alcántara.



Quien desee conocer más á fondo las heroicidades de este atrevido guerrero extremeño, le remitimos á Pedro Barrantes en las *Ilustraciones de la Casa de Niebla*; Alonso Maldonado á los *Hechos de D. Alonso de Monroy*; Fernández, *Anales de Plasencia*; Rades, *Crónica de las Órdenes Militares*; Torres Tapia, en la *de Alcántara*, y Gil de Ocampo, en la *Historia de la Casa de Mouroy*, Manuscrito del Archivo Histórico nacional, que se ocupan extensamente de él.

\*  
\* \*

*Época moderna.*—No alcanzando la Crónica de la Orden mas allá de los primeros años del siglo xvi y destrozado por completo el rico archivo del Convento de San Benito de Alcántara, no sería fácil proseguir la historia de estos castillos, y menos puntualizar los sucesos en ellos acaecidos.

Por otra parte aminorada, desde entonces, ó mejor dicho, anulada la influencia de las Órdenes militares en la vida nacional, Piedrabuena, Mayorga y Azagala que, con ellas nacieron y se desarrollaron, perdieron, á la par de tan célebres Institutos, su antigua importancia.

Cierto es que, en las prolongadas contiendas con Portugal, durante los siglos xvii y xviii, sirvieron de refugio, en más de una ocasión á las tropas de uno y otro Reino, y hubo en sus cercanías reñidos encuentros, pero sin intervención de los Comendadores.

El castillo de Mayorga, situado en el millar del Gavilán, cerca de la Rivera de Alcorneo, en el Pico de Juan Yáñez, fué demolido por los portugueses el 4 de Junio de 1664, á su paso por allí á las Ordenes del Marqués de Marialva. Más afortunados entonces Piedrabuena y Azagala apenas sufrieron daños, y lo mismo en 1705 en que fueron ocupados por el Marqués de las Minas, general del ejército del Archiduque y sus aliados.

Desde entonces no quedó á estas Encomiendas más importancia que la económica, á cuyo fin se encaminaron las obras de reparación en los castillos ejecutadas, obras que les dieron el aspecto de casas de labor más que de fortalezas. Esa fué la causa de que haya perdido Piedrabuena su hermosa y almenada muralla exterior.

Libre de las cargas militares de otros siglos, atendía la Orden con estas rentas al sostenimiento del Real Convento de San Benito de Alcántara, del Colegio de Salamanca, y á la dotación del culto y clero en todo el Priorato; al mismo tiempo cumplía importantes fundaciones benéficas y pensiones, y ayudaba á la Corona con cuantiosos donati-

vos. Más de una vez disfrutaron las Encomiendas Infantes de España. D. Antonio Pascual de Borbón, hermano de Fernando VII, que poseyó Piedrabuena en la primera mitad del siglo XIX, cobraba de renta 278.743 reales y 78 maravedís anualmente.

La desamortización se encargó de borrar hasta estos últimos recuerdos de las Ordenes militares.

\*  
\* \*

De los Comendadores de Piedrabuena solamente haremos especial mención de uno de ellos, en consideración á los muchos años y al celo con que gobernó este castillo. Se llamó D. Antonio Bravo de Jeréz. Siendo todavía niño en 1489, le dió el Maestre D. Juan de Zúñiga esta Encomienda, por ser sus padres y familia de los más allegados y mejores servidores de su padre el Duque de Béjar. Su escudo campea en varios sitios del castillo. En 1513 era Visitador de la Orden, y fundó en San Benito de Alcántara una grandiosa Capilla donde está enterrado. Valencia de Alcántara le debe un Pósito creado en 1560 «en descargo de su conciencia por los perjuicios y daños que habían sufrido las sennas de los vecinos de dicha villa, de los ciervos, gamos y otros animales silvestres procedentes de su Encomienda.

Brevemente, y con el deleite que causan los recuerdos del tiempo *viejo*, y cuanto se relaciona con la patria *chica*, he contado los principales sucesos de que fueron teatro estos castillos.

Otros muchos hubo en Extremadura; algunos subsisten todavía, pero los más perecieron á manos de la ignorancia ó de la codicia. Tienen todos ellos su historia, acaso más interesante que la referida en estas páginas, y permanece sin embargo ignorada.

Pues bien; ya que las Corporaciones y los particulares, unos por falta de recursos y otros de voluntad y entusiasmo, apenas se cuidan de conservarlos, invitamos á los amantes de las glorias extremeñas á que pongan á contribución su ingenio, y, recogiendo datos, perpetúen la memoria de esos monumentos, testigos mudos de la grandeza regional.

EUGENIO ESCOBAR PRIETO.

## UN RATO Á "PLIEGOS DE CORDEL,"

### III Y ÚLTIMO



ESTE epígrafe pudo evitarse quizás, mas, ¿cómo renunciar á la poesía de ese dulcísimo libro de *Las mil y una noches*, al hablar de los pliegos de cordel, sobre los que tanto tiene influído? Seremos concisos y nos ocuparemos sólo de los pliegos refundidos por Hernando.

*El Príncipe Selim de Balsora, ó el Anillo prodigioso.*—Careciendo de sucesión el rey Ceilán, decretó una rogativa general para impetrarla del Cielo (1). Los templos se llenaron de incienso y el rey oró largo rato. Al levantarse, una luz suigéneris irradiaba de su cabeza y despedía fuego su mágico anillo, que su esposa besó reverente, concibiendo en aquel ósculo al príncipe deseado y á quien los astrólogos leyeron el horóscopo más halagüeño, si sabía ser fiel á su Destino. Selim, hermoso, bueno é inteligente creció. Sabios maestros cultivaron sus dotes, y á los diez y ocho años su ciencia eclipsaba á la de los más encanecidos en el estudio. Por entonces el gigante Orón de Siberia, después de asolar á todos los reinos circunvecinos, invadió los estados del viejo Ceilán, quien murió de pena. Su cuerpo fué depositado en el panteón de sus mayores, y el príncipe, con su inexperiencia, quedó solo frente á tan temible enemigo. Vacilaba el joven acerca del partido que debería tomar, cuando se le apareció un anciano, de imponente majestad, diciéndole: «vuelve, hijo mío, al panteón de tus mayores, saca del dedo de tu padre la sin par sortija y guíate en la

(1) Esta rogativa recuerda la que se hiciese en el reino de Aragón, antes de nacer Jaime I.

vida sólo por ella. Si al ejecutar una acción ves brillante su piedra, nada temas; pero témelo todo si llegases á verla empañada».

La santa visión se desvaneció y el príncipe ejecutó respetuoso el mandato de su guía. Fresco, como si durmiese, el cadáver de su padre, parecía alargarle la mano con el anillo y al fulgor que irradiaba de su joya reconoció un gran cuadro representando *La Abundancia*.

Oprimió sin pensar un resorte, y el cuadro giró, descubriendo espaciosa galería, que llevaba á diversas piezas secretas, atiborradas de armas y de urnas de pórfido, llenas de oro, con lo cual tenía ya el príncipe sobrados elementos de lucha. La luz de innumerables lámparas, encendidas bajo el efluvio del anillo, reverberaban en aquel subterráneo como en el más encantado paraíso.

Selim traba con Orón desigual combate y le derrota. Al perseguir los restos del ejército enemigo se interna tanto en país desconocido, que se vé de manos á boca con un fantástico castillo que en letras de oro decía: «Templo de las delicias de Amor». Seis doncellas hermosísimas le aguardan y conducen á la presencia de la soberana, la princesa Eusina, quien le recibe con los honores de un semidios y las sensualidades de una amante. Iba á sucumbir el mancebo bajo la magia de tantos encantos, mas al observar que su joya se volvía negra como la noche, tuvo fuerzas para deshacerse de aquella sugestión y huyó presuroso con lo que su anillo rutiló más puro que nunca. De nuevo se mide con el gigante y logra cercenarle la cabeza, libertando de su tiranía al reino de Egipto, que sojuzgado había, y es recibido en triunfo por sacerdotes, guerreros y pueblo. Entregadas sus huestes al descanso, la molicie vá poco á poco apoderándose del príncipe: quiere elegir compañera entre las mil hermosas que se disputan sus favores y pide á la princesa de Circasia una cita amorosa, que ésta le otorga para aquella noche misma. Aguardando aquella feliz hora, el príncipe cae dormido: aparécesele en sueños otra vez su anciano Gurú quien le reprende duramente y le dice: «No se halla aquí, oh Selim, hijo de Ceilán, la séptima estatua que hace falta en la Sala de tus mayores.» Conviene advertir que la cámara más admirable de los subterráneos de *La Abundancia* era cierta rotonda con seis pedestales, coronados por *La Justicia*, *La Ciencia*, *La Caridad*, *La Modestia*, *La Fortaleza* y *La Templanza*: El pedestal central yacía vacío.

Selim despertó sobresaltado, pues ya conocía la terrible realidad de tales ensueños; levó su gente á toda prisa y se lanzó contra la última ciudadela del enemigo. Al perseguir solo al guerrero principal de los contrarios, cae en una celada y va á ser víctima de éste, en quien,

asombrado, reconoce á la propia Eusina, pero un poder superior interviene: una purísima doncella de quince abriles se aparece y hunde su puñal en el corazón de la hechicera. El anillo de Selim iluminó con celestes destellos aquel feliz momento, mostrando ser decreto del Destino la unión de entrambos jóvenes, el príncipe y su Egeria libertadora: Alina, la hija de Amer y legítima heredera de Egipto. Celébranse con gran fausto los desposorios, pero la noche aquella vuelve á aparecerse á Selim su anciano guía, diciéndole: «Hijo mio, estoy satisfecho de tí, porque como tu gran padre Ceilán, has sido sabio, bueno y valeroso. ¿Qué te falta, pues?—Sólo el ser feliz—Yo protegí á tus mayores, continuó el Gurú, colmándoles de dichas verdaderas, y le dí como guía mi anillo. Yo te salvé de Eusina y de la Circasiana, formas mentidas creadas por la nigromancia de Orón para vencerte por el vicio, ya que no por la lucha... La tierna esposa que acabas de recibir, debe permanecer pura, y habrás de conducirla sin tocarla á la Isla del Rey de los Genios, tú solo, guiado por el anillo».

Selim obedeció sumiso. A los tres días de penosa marcha, con su preciada carga, su caballo se negó á seguir, pero un gracioso geniecillo de la selva le entregó otro de acerados músculos y más veloz que un meteoro. Así llegó la gentil pareja á la orilla de un apestoso lago negro, donde un fúnebre viejo les pasó al lado opuesto en su barca. Al tocar en tierra dos cocodrilos enormes les asaltan para sepultarles en las aguas, pero el brioso caballo les destroza con sus dientes. Horrorizados los amantes, reconocen en ellos los cadáveres de Orón y de Eusina. Una hermosísima floresta, cuajada de pájaros y embalsamada de perfumes, les concede descanso en sus fatigas, pero aunque todo allí invitaba al placer, Selim se contuvo, obediente á la orden recibida, y á la mañana siguiente dió cima á su viaje en la Isla de los Genios, cuya magnificencia no puede ser descrita por la torpe pluma. En el trono hallaron en efecto los amantes al propio anciano de la barba blanca, su guía, quien, después de estrecharlos contra su corazón, dijo á Selim: «Has vencido en todas tus pruebas. Véte, pues, en paz á tu palacio, y sobre el séptimo pedestal vacío de la Sala de La Abundancia que te mostrase antaño, hallarás la séptima estatua: La Felicidad. Tu esposa quedará conmigo en mi alcázar, en recompensa de los favores que te he hecho, pero sólo en el caso de que te prestes voluntario á tamaño sacrificio: elige.»

La exigencia del Rey de los Genios traspasó el enamorado corazón del príncipe, pero pudo más en él la gratitud y la justicia hacia quien todo se lo debía. Triste y solo tornó Selim á su palacio, pero cuál no

sería su felicidad y su asombro cuando, penetrando en la rotonda secreta, halló sobre el pedestal vacío del centro á su idolatrada Alsina que le tendía los brazos. El Rey de los Genios, coronara así su obra protectora de guiar por la noble senda de la virtud al más admirable de los príncipes.

Cautivados por su belleza hemos detallado algo más esta sublime fábula, que bien puede ponerse al lado de los preceptos religiosos más puros, pues toda ella es una lucha del hombre inferior en la senda de la virtud hasta el triunfo supremo del Ideal simbolizado aquí por Alsina, allá por Heros, acullá por todas las Dulcineas, Orianas, reinas y emperatrices de la andante caballería, tristemente degradadas en el aciago día en que, traducidas por bajas mentalidades, quisieron hacer de este mundo de hombres y mujeres ligados solo por el amor físico, á cosas que son de «otro reino», según la enseñanza de Cristo, de ese mundo trascendente que acaso liga á las estrellas y á las conciencias en un cósmico y común destino. No podrá encontrar el lector ciertamente por más que inquiera en la literatura universal, un símbolo más augusto para las serenidades y tormentos de la conciencia humana que la piedra del salomónico anillo de Solimán ó Selim, y en cuanto á las concordancias de este mito, tan cardinal en lo antropológico como en lo cosmológico El Caballero del Cisne, son ellas tales que no parece sino que se trata de una de las fábulas más antiguas del mundo, y en cuyas pasionales luchas se han inspirado más tarde cuantas leyendas llevamos enumeradas en anteriores artículos.

*El toro blanco encantado* (1).—Este pliego de cordel describe las magnificencias de Babilonia, tal y como las enumera César Cantú, y la singular transformación en toro, durante una semana de años, del rey Nabucodonosor, cegado por la hermosura de Amasis ó Thamasis la reina de Egipto por los días de la conquista asiria. La única compañía de la triste Amasis fué desde entonces el anciano hierofante Mambrés, antiguo competidor de Moisés. Cierta día se vió muy perpleja la doncella al toparse en la orilla del Nilo con un singular grupo mágico, formado por una vieja que encadenaba á un hermoso toro blanco, al que acosaban doquiera un cuervo, una borrica, un cancerbero, una serpiente, una paloma y un venerable macho cabrío, vigilados de cerca por temible monstruo que sacaba de cuando en cuando la cabeza

(1) Curioso trabajo podría escribirse sobre los precedentes asiáticos de nuestra sangrienta y debatida «Fiesta nacional» en los misterios quizás de *Mythra*. Sabido es que los primeros naturales de España gustaron ya de esta fiesta, que por un atavismo suigéneris goza y gozará siempre del privilegio de sugestionar á las multitudes.

sobre las aguas del Nilo. Diríase que al blanco cornúpeto solo le faltaba el habla, según eran las demostraciones de afecto, que, á pesar de sus guardianes, dirigía á la doncella, cosa que ni aun pudo descifrar la mucha ciencia del anciano, como que la vieja que le custodiaba era nada menos que la pitonisa de Eudor, la sibila del Jordán, la más hábil y docta en la ciencia de los oráculos, y quien, si bien revelase el misterio de los diversos animales aquellos, no quiso hacer igual con el del encantado toro. La joven recurre á la serpiente, quien, al fin, la dice que el toro es el rey Nabucodonosor, así castigado por haber desoído soberbio, los consejos de los ensueños celestes, fuera de sí pronuncia en voz alta la palabra sagrada del encanto y es condenada á muerte por su propio padre, según la ley. Celebróse la ejecución de Amasis, en la que el toro blanco vá á ser descuartizado también, pero súbito se escucha en los aires la tremebunda y divina voz de la Trimurti egipcia y el animal sagrado aquel retorna á su estado pristino. La semana de años del encantamiento se había cumplido.

El pliego de referencia es acaso el más confuso y peor escrito entre los que hemos visto. Una ó varias pecadoras plumas sucesivas hubieron sin duda de trastocar y mutilar su belleza originaria, hasta el punto de que apenas si se dibuja hoy tras el caos de su redacción actual, algo de una de las más bonitas leyendas egipcias, relativas á la época de mayor esplendor de los asirios. Si hubiésemos de estudiar sin embargo á fondo la leyenda, penetraríamos en un terreno verdaderamente sugestivo, para el que no tenemos margen aquí.

*Un mago rojo.*—Orestes era el más obtuso de los mortales. Vanos fueron cuantos desvelos le consagrasen sus padres, aldeanos de Persia, tanto que le hicieron pastor. Cierta tarde en que el mancebo apacentaba el ganado, le pidió agua una podre viejecita. Dióselo Orestes y al punto ella se transformó en una diosa, entre nube de ambrosía, pues era nada menos que el hada Mesalgisa, quien se dignó revelarle su Destino, á saber: el dar muerte al gigante Pentanauro, libertando á cuantos infelices oprimía en su palacio maldito. Para la empresa le suministra la bruja un turbante rojo, capaz de hacerle invisible y una roja varita de virtud. El pastorcillo, tenido por loco, esperó en el lugar de la aparición siete días y al cabo de ellos fué arrebatado por misteriosa nube donde pudo leer El Libro del Destino, y la causa del encanto de las doce princesas por Pentanauro. Cabalgando largo tiempo luego por los aires sobre una serpiente de fuego, penetró en el palacio del ogro hasta su cámara misma, gracias al turbante que le hacía invisible, pero no puede matar al gigante, porque lo impide su diamantina

armadura. Gracias, al fin, á la varita de virtud se transforma en pulga y lo consigue. Desaparece la encantada torre y las doce ninfas son restituídas á sus regios dominios, sin que su libertador llegara á rendirse á la sugestión de sus hermosuras. Orestes se une después de rudas pruebas con su celeste protectora Mesalgisa, en un palacio que alzan las hadas sobre las ruinas del gigante vencido.

*El robo de Elisa ó la rosa blanca encantada.*—La noble Elisa vé á sus pies en su jardín una guirnalda de flores y un anillo que deja caer un arrullador palomo blanco, con una poética dedicatoria de un nigromante de aquel país, gran raptor de doncellas incautas. Al mismo tiempo una celeste voz cantaba dulcísima:

«Vela, vela, hermosísima incauta,  
que en tus brazos se encuentra el amor  
que, aunque blanco y fingido palomo,  
es un ente falaz y traidor.»

Informado el padre de Elisa, quiere evitar el peligro convocando un torneo para adjudicar al vencedor la mano de ella, pero vence siempre en él un misterioso desconocido, el encantador, quien, con su nigromancia, produce en el banquete de bodas las más peregrinas músicas de seres invisibles. La doncella resiste al malvado, quien, en venganza, la arrebató por los aires á miles de leguas, confinándola en lóbrega torre, junto á la que crecía un blanco rosal. El viejo castellano busca por toda la tierra á su hija, y, no hallándola, hace voto en cierta ermita de no comer sino hierba hasta hallar el caballero que la desencante, según oyese en sueños. Este es Gerardo, quien se presenta y realiza al efecto los mayores imposibles y sacrificios con el anillo mágico del viejo. Descansaba un día en cierta hermosa pradera el joven en su camino cuando advirtió que destilaban sangre los blancos pétalos de una rosa que su caballo había mordido. Estupefacto, la corta y surge un hada dándole pormenores del paradero de Elisa, y entregándole un pañuelo con las instrucciones para el caso escritas. «Valor y perseverancia» vió en él impreso con letras de fuego. Siguió su camino, después de restituir á su rosal la rosa, y leyó nuevamente: «Mata al caballo, y cuando veas venir á un fiero león sobre tí, deja que se cebe en él, mientras tú levantas una piedra de colores que topará allí cubriendo la entrada del palacio de Adel Benjamín el mago». Tras curiosas peripecias y detalles de la torre, que pueden leerse en el pliego, liberta á Elisa y se desposa con ella, pero en su felicidad se olvidan ambos de su anciano padre, quien, disfrazado de mendigo, viene y les afea su proceder. Llueven desde entonces desgracias sobre ellos, hasta



que el hada dejando caer su rosa blanca, les corrije; y arrepentidos tornan por siempre á su pristina dicha.

*La Diosa de los Mares.*—Es un pliego de escaso valor mítico, que relata las aventuras africanas del capitán Gustavo, entre leones, gnomos, ondinas, serpientes, duendes y hechiceras. Visita un palacio submarino por el estilo del de Psiquis, y en una isla dichosa halló al fin al hada de sus amores, ó Diosa de los Mares, que descendiese en argentada nube.

*Las tres princesas encantadas.*—Clotaldo, sabio rey de Siria, confinó á sus tres hijas en formidable castillo, temeroso de que las robase su hermosura algún mal caballero, para adjudicarlas sólo á quienes de ello se hiciesen dignos por su sabiduría. Tres jóvenes daneses tientan la difícil aventura, los dos primeros con armas y caballos, el tercero con un carro tirado por tardos bueyes y bien provisto. Así, mientras aquellos fracasaron, éste fué clavando unos tras otros muchos clavos en el muro, de los que se iba colgando sucesivamente con cuerdas hasta escalar, tras largo esfuerzo, la altura. Ya en la torre las fué desencantando y descendiendo una á una, pero envidiosos sus compañeros, arrancaron los clavos dejándole sin escape en la fortaleza y se casaron con las dos hijas mayores. Aterrado el infeliz, se acordó de cierta gargantilla-talismán que en prenda de gratitud y de amor le dejase la más pequeña. Tomó de la caballeriza el caballo más ruín, y desapareciendo la torre entonces con estrépito, se halló en medio del más espantoso desierto. Atraviesa luego las vírgenes selvas de Suecia y cuando llegó á la corte guiado por un pastor, había envejecido hasta el punto de que ya nadie le reconocía. Por entonces Clotaldo había hecho pregonar la boda de su hija menor, pero ésta exigía á los candidatos, que presentasen otra gargantilla idéntica á la que poseía. Fracasaron en su intento los mejores orives y alquimistas; uno de éstos, al que el joven Juanillo servía, se había comprometido á entregarla bajo pena de la vida y Juanillo, compadecido, se encerró en su aposento y salió á los pocos días mostrando la gargantilla. El alquimista reveló la verdad y Juanillo se casó con la joven con gran envidia de sus cuñados. Rechazados por el padre, sin embargo, ocultaron su felicidad en solitaria choza del bosque, mas el padre enfermó, sin que nadie pudiese aportar de los riscos de Esclavonia el agua mágica precisa para su curación; nadie sino Juanillo á quien en el acto se la arrebataron sus cuñados. En otra ocasión, trajo para el enfermo, por prescripción facultativa, nada menos que leche de leona y, por fin, montando su caballo de marras, destruyó por su ingenio y valor un poderosísimo ejér-

cito, que invadiera á la razón los estados aquellos, triunfo que también se atribuyeron los cuñados, como de costumbre. El rey, indignado por la demencia y aparente inutilidad de su yerno Juanillo, ordena le confinen en desierta isla. Juanillo entonces relata sus torturas; dá pruebas de todos sus prodigios cuyo fruto le usurpaban sus cuñados y la Asamblea condena á muerte á éstos, al par que exalta á Juanillo, quien no descansó hasta conseguir el perdón de los protervos.

Entre las mil concordancias de esta historieta, descuella su conexión con las dos versiones de Blanca-Flor.

*Aladino, ó la lámpara maravillosa.*—Cierta temible mago libio llegó á averiguar, por un singular anillo que poseía, que en un monte de China existía oculta una maravillosa lámpara, valiosísima sobre todos los Tesoros de la Tierra, pero de la que no podía apoderarse por sí, sino valiéndose de la inocencia de un joven. Aladino, hijo de Rabeca y Mustafá y pillete incorregible, le sirvió á maravilla para el asunto. Llegados ambos al sitio preciso, acusado por mapas y jeroglíficos, encendieron una pira de maderas olorosas; quemaron perfumes y pronunció el nigromante sus conjuros, á cuyos ecos se conmovió la naturaleza toda: huyeron las fieras, descuajó el huracán añosos árboles; bramó el mar; fulguró el rayo; estalló el trueno y, amenazando desgajarse los montes, se abrió á sus pies una ancha sima, por la que el viejo hizo penetrar á Aladino, pendiente de una cuerda. El intrépido mozalvete se internó por el antro é hizo removerse de su sitio, con el anillo mágico, una enorme losa, que ocultaba espléndidas galerías, llenas de primores artísticos increíbles y montones de oro y joyas. Allí se apoderó de la maravillosa lámpara y tornó con sus preseas á la boca de la sima, no sin llenarse los bolsillos de fruta de aquellos jardines. El mago quiere que suelte la lámpara antes de salir, pero él se niega, y, rabioso de impotencia aquel, le abandona á su destino soltando la cuerda. Repuesto el muchacho del golpe de la caída, camina á tientas por aquel laberinto, frota al azar el anillo se le presenta un enano dispuesto á obedecerle sumiso y le pide le restituya á su casa, como así lo hizo instantáneamente.

La miseria de la casa de Aladino se torna en abundancia con el talismán maravilloso de la lámpara y, de prodigio en prodigio, hasta consigue aquel por su intervención casarse con la hija del Emperador y arrebatarla con su palacio por los aires huyendo á sitio seguro de las iras de éste. No descansaba el mago, en tanto y logra en un descuido de la princesa la posesión de la lámpara, con lo que queda la gentil pareja más infeliz que nadie en la Tierra y á merced de aquel in-

fame. Aladino se decide á recobrar el talismán, cueste lo que cueste, y consigue que su esposa engañe al gigante y le envenene, pero le queda aún la enemiga de un hermano de éste, más perverso que él, y quien, disfrazado de santa ermitaña, aconseja á la princesa que cuelgue del techo del salón grande un huevo de roc, ave rarísima, tenida no sin razón como fuente de todo prodigio. Aladino impetra del gnomo de la lámpara el huevo misterioso, á lo que el genio se niega, diciendo que este es el nudo gordiano del encanto todo de la lámpara, con lo que el joven, llegado ya á emperador por muerte de su suegro, manda empalar á la fingida santa, viviendo muy feliz el resto de sus días.

Larga y difícil tarca sería la de detallar más y más concordancias entre las múltiples leyendas de nuestros tres anteriores artículos. La persistencia con que, á vueltas de mil variantes, se vienen á repetir los mismos motivos maravillosos, hace pensar en algo que aquellas han querido solapar, algo extrañamente profundo y que quizás pueda resumirse en estos epígrafes.

1.º *Un estado primitivo de inocencia, pobreza, pequeñez, orfandad ó abandono.* El más propio de todas las razas humanas, cuando empiezan su terrestre carrera evolutiva, y también de todos los humanos paladines del Ideal, al emprender, aparentemente solos, pero en realidad protegidos por Guías celestes ó Angeles custodios de todas las religiones, la senda de la virtud, de la ciencia y del misterio. Este estado primitivo es «la edad de oro», el paraíso original, de todas las religiones.

2.º *Un segundo estado pasional, de peligro, de sufrimiento y de lucha,* en la que el paladín ha de dar cima á los más disparatados imposibles de las fábulas caballerescas y mitopeicas. La lucha con el misterio, que entraña toda ciencia; la lucha con el vicio, que supone el desarrollo de toda virtud; la lucha, en fin, con nosotros mismos, con nuestro *ego* animal, que nos ahoga y aprisiona. Hombres y pueblos sostienen eternamente esta lucha, que es acaso la propia razón de nuestra vida misma sobre el planeta.

3.º *Un estado final, extraordinario, felicísimo, corona excelsa de todo triunfador,* que en la terrestre literatura se simboliza siempre por una boda, dichosa largamente y ansiada, entre el paladín y su Egeria, ó sea entre el hombre pensador, tras el triunfo sobre todas sus imperfecciones animales, y el *pneuma* impersonal, *augreides, nous* ó *espíritu divino* del hombre, quien le cobijase y protejiese de un modo prodigioso, á lo largo de su senda de espinas relatada de un modo ú otro por la leyenda.

Todos los demás detalles de curiosidad que lanza al hombre á lo largo de la senda de peligros; de triunfos parciales y caídas, de trabajos hercúleos, etc., etc., son el más hermoso de los marcos que representa todo el tejido inextricable de placeres y dolores, valor y cobardía, luz y sombras, que compone nuestra vida.

Convengamos, pues, en que hay algo, muy religioso y muy científico, tras el velo mitopeico de los calumniados, por mal entendidos, *libros de caballería*... Como que los trovadores medioevales eran los hombres más exquisitos de su tiempo, que no cantaban á *damas de carne*, sino á *damas-símbolos*, de una ciencia-religión incomprensible; ejemplo: Jorje Manrique.

M. ROSO DE LUNA.

Madrid y Septiembre de 1908.

---

LIBRO INÉDITO

HISTORIA DESCRIPTIVA DE LA VILLA DE CACERES

POR EL

Lic. D. Juan Rodríguez de Molina.

(Conclusión.)

En el lienzo principal de la casa de D. Juachin Jorge de Caceres, de que hicimos mencion, esta vna Piedra, en que se halla la inscripcion siguiente.

H E R E N I A .  
C . F . S E V E R A .  
A N . L X I I . H . S . E .  
S . T . T . L .

Herenia Severa hija de Caio, está aqui sepultada, seate la Tierra ligera, murió de 62 años.

La familia de los Herenios (\*) derivada de los Samnites, donde sobresalió en el arte de la milicia, el consejo y la Prudencia, Herenio Poncio, Padre de Caio Herenio Emperador de el exercito de su valerosa Patria; á cuiá sagaz exforzada conducta, sufrieron las Legionés romanas el triste oprobio de sugetarse al Paso vergonzoso de las Horcas Caudinas. Pasado tiempo despues de la sugesion de los samnites, no pudieron persuadir á Herenio Baso, los ruegos, las amenazas, ni las victorias de Anibal á que faltase á la inclinacion y fe dada á los Romanos, entregando á Nola. Abecindada, despues, en Roma esta ilustre Generacion, fué produciendo famosos Heroes, que merecieron los mas

Tit. Liu.  
Dec. 1. lib.

Tit. Liu.  
Dec. 3. lib.

In. Chro-  
nel. Glas-  
con.

(\*) Tachado: ha producido Heroes famosos en el sacerdocio y el Consulado, en aquel Herenio Pontífice, Herenio Baque, Sacerdote, se halla Herenio colega de C. Valerio Flaco.

Sen. de  
Const. Sa-  
pient. Iacit.

Cum que  
Heranium  
atque Per-  
penam vi-  
ros precla-  
ros magnos  
que sapred.  
Sertorium  
Duces. Plut  
in Pomp.  
Plut in Mar.

Plut. in  
Pomp.

Marian.  
lib. 3, cap.  
13

sobresalientes honores, el de el consulado lo obtuvo M. Herenio, con C. Valerio Flaco. Herenio Macro fue de entereza tan autorizada, con el Emperador Caligula, que diuinizando la Magestad, y haciendose llamar de todos Señor: solo Herenio se atrevia á nombrarlo Caio. En la Guerra hubo esforzados Capitanes, Herenio Galo Legado de Flaco contra civil. Caio Herenio, siguiendo el partido de Sertorio, lo llama Plutarco exclarecido y gran Capitan. Antes habia seguido la voz de Mario, como Protector suio; habiendo sido los Marios echuras de los Herenios; y asi en la causa que se seguia contra Mario, antes de el Consulado; poniendo contra el por Testigo á Caio Herenio lo contradixo Mario, diciendo: era contra las Leies, poner al Patron contra el Cliente. No se puede dudar, segun el computo de el Tiempo, que la Señora romana Herenia Seuera, de quien hace relacion la Piedra sobre dicha, en que se llama hija de Caio, sea de este Caio Herenio, derrotado, con Perpena, por Pompeio, cerca de la ciudad de Valencia. Siendo esto asi, como parece, por todas consideraciones, nos es preciso boluer la Pluma, al buelo, que no deuió haber acabado, sino suspendido, en la disertacion, que hicimos, oponiendonos á que Caceres fuese fundacion de Q. Cecilio Metelo. Quando vino á España, este Romano Consular, segun Mariana, fué el año de 674 de la fundacion de Roma, en el segundo Consulado de Cornelio Sila, que siendo su compañero en esta dignidad, lo embió contra Sertorio. En este Tiempo, vencido, y muerto Mario y desaparecida la Guerra Cibil, que fomentó con Sila: iá seguian en España, á Sertorio, muchos de los principales Romanos, que como Capitanes de Mario, huieron de la Proscripcion é implacable crueldad de Sila. De estos era, como se ha dicho, Caio Herenio; con que es verosimil que quando abandonó á Roma, no dexaria en ella, á su familia, expuesta á la ira, y la venganza de vn enemigo tan poderoso, y carnicero como el Dictador Sila. Con que deuemos, tambien, sentar, como cierto, que siendo la Lusitania el mas seguro y fuerte asilo de Sertorio, pusiesen, en los Pueblos de esta Provincia, todo lo que tubiesen por mas amable y precioso, como sus familias, sus Menages, y sus Tesoros. I hallada la Piedra, que llebamos citada, quién puede poner duda, en que, antes de la venida de Q. Cecilio Metelo, estubiese abecindada en Caceres, Herenia Seuera hija de Caio Herenio? Luego se deue inferir, legitimamente, que Caceres era Poblacion quando vino á España Sertorio, y asi mucho antes, que, embanecido, de sus victorias, Metelo, autorizase su memoria con la Fundacion de Medellin, llamandole Colonia Metelitense; y mudando á Caceres el nombre de Gereia, en el de Castra Cecilia.

Apoia esta anterior, antigua fundacion de Caceres, la Piedra, que se sigue, hallada á las radices de esta villa, en el sitio donde se fabricaron los Pilares de el Agua.

D. M. S.

GN. MARCIO. STERTINIO.

D. OMNIB. DILECTISS. BEL.

CONT. SERTOR. OCVB.

EVMELIA. MARCIA. E. F.

INFAVSTA. CIP. H. F.

S. T. T. L.

Memoria consagrada á los Dioses de las Almas.

Gneio Marcio Stertinio Decurion, ó Dumuiro, amadisimo de Todos, murió en la Guerra contra Sertorio. la desdichada Eumelia Marcia su Hija le hizo este Sepulcro.

Seate la Tierra liuiana.

No ai quien dude las discordancias de los Historiadores, en la narracion de los Sucesos; desconformes, muchas veces, en la formalidad de la chronología; y varios en las demarcaciones de aquellos Lugares, que fueron Teatro de las victorias, y los vencimientos, en la sangrienta decision de las Batallas.

En la que dió Q. Cecilio Metelo, á Hirtuleio, se desbian, en la opinion, Mariana y Morales; describiendola aquel con Eutropio, en Andalucía, cerca de Italia; y historiándola este, en Extremadura, en las intermediaciones (\*) de Caceres. Si estos dos recomendables Autores hubieran visto la inscripcion de esta Piedra; el vno habria retrasado su aserto y el otro confirmado su opinion; pues deuiendose creher, sin violencia, que este Marcio Stertinio, peleando en la Guerra contra Sertorio, murio en la Batalla, que se dió á Hirtuleio; sepultado en Caceres, por su hija: persuade, sin controuersia, que la Accion referida, fue cerca de donde pudo esta Romana cumplir con los vltimos officios de el Amor, y la Piedad, dando descanso al cuerpo de su Padre, en las quietudes de el Sepulcro.

Que se halle domiciliada, en Caceres, esta familia, lo atribuío á la estancia, que, como Proconsul, tubo en nuestra Prouincia Lucio Stertinio, donde dexaria algun hijo; ó de los que siguieron su fortuna, algun Pariente. Tito Liuiio asegura su destino en la España vlterior; y refiere su buelta á Roma, en que, aun perdida la esperanza de el Triun-

Mor. lib.  
7, fol. 696.

Tit. Liu.  
Dec. 4. lib.

3.  
In lib. 3,  
Dec. 4.

(\*) Tachado: *cerca*.

fo, no solo enriqueció el Erario, sino adornó la Ciudad con nuevas magnificas obras. Esto sucedió en los años 588 de la fundacion de Roma, siendo Consules L. Favius Purpureo, y M. Claudio Marcelo, 119 años antes de las victorias de Q. Cecilio Metelo, contra Sertorio, de lo que se verifica, sin repugnancia, que quando este Consul bajó á mandar las Armas Latinas en nuestra Lusitania, iá era Caceres, estimable avitacion de ilustres, y Consulares Familias.

De este ó de otro Lucio Stertinio hace mencion el Autor citado, siendo Consules L. Emilio Paulo, y C. Licinia Craso diciendo: que como Questor de la República romana, se destinó á Brunducio, para el hospedage y asistencia de Mesagenes hijo de el Rey Masinisa arrojado de vna peligrosa tormenta, en las Costas de Italia.

Como destinamos para disertacion separada la noticia, y exposicion de las inscripciones, y Piedras romanas; no hicimos mencion de las que estaban en el suburbio de la Aldiguela; poniendo solo nuestra atencion en manifestar con algunas consideraciones, la congruencia que se hallaba, en aquel Heredamiento, para asegurar fuese el Antiguo Ponciano, dichosa Avitacion de nuestra maravillosa Martir Santa Olalla. Resucitamos de la muerte de el olvido, y la Antigüedad aquellos Bestigios romanos, desaparecidos y confusos, en la sepoltura de pasados siglos. Ahora añadiremos la noticia de dos Lapidés, que dan mas viveza al juicio echo, de que aquellos antiquadas ruinas, correspondiesen á Poblacion romana.

En el sitio, pues, de la Aldiguela, antigua Poblacion de Ponciano, se hallan las dos Piedras siguientes.

Iulia c. f.  
M a u r a  
A n. xxvi  
H S E S T T L  
I. Cachius  
Cefalus.  
F. C.

Que en nuestro idioma quiere decir.

Iulia Maura hija de Cachio que vivio veinte y seis años está aqui sepultada seate la tierra ligera. Julio Cachio Cefalo le hizo este sepulcro.

La otra piedra de tres varas es de figura piramidal, en que está esculpido el medio cuerpo de vna muger, sin brazos, las letras gastadas de el tiempo, se perciben mal, pudiendose solo leer:



:: P i r i a

:: Leg. xx

:: e tuo: .

La. L. XA.

HSESTT::

ETVSOR

SEQVND A.

Que diria en Castellano.

Papiria. Muger de soldado, v oficial de la Legion vigesima, que llamaban la victoriosa, cuio nombre no se lee por falta de letras, que habia casado segunda vez con Papiria la que murió de sesenta años.

En esta antigua, arruinada, desaparecida Poblacion, se han encontrado varias monedas, siendo, de las que se han adquirido: vna de plata, hallada en la inmediacion de esta Piedra, ó Abuja. La moneda corresponde al sueldo de el Marido de la espresada difunta; pues tiene por orla: Legionis vigesime Hispanice. en vna parte muestra vna nabe en el Mar, recogidas las velas y en el reberso tres insinias militares, y en medio vna Aguila. Otras tres, halladas en el dicho Suburbio, son de los Emperadores: Claudio, Alexandro, y Elio Pertinaz.

Otras medallas, que se han hallado, y enquentran en las Profundidades de los Muros, se resisten, por su antigüedad, a la inteligencia, consumidos los caracteres, y aun las efigies de el dilatado sepulcro. Solas algunas de el tiempo romano añadiremos á las que llebamos citadas.

Para credito de la antigüedad de las Primeras, como aparecidas en los ruinosos fundamentos de las Murallas, es necesario aduertir, que esta construccion defensible, precedió á la aplicacion romana, y aun á la Cartaginesa; encontrando Anibal, á Sagunto fortificada, con todas aquellas obras, que dificultaban no solo la sorpresa, sino la formacion de la Brecha, en la tormentosa Bateria de los Arietes; Artilleria de aquellos rudos siglos, cuia ofensable operacion, consistia mas en el trauaxo, y la Pacencia, que en el poder, y eficacia de el instrumento; bien, que, á la vibracion porfiada, lograba el Golpe, en la desunion de la Fabrica el esperado precipicio de la ruina.

Fortificado Caceres, antes de irruccion de las dos beligerantes Naciones, quién duda, que las Medallas, que esconden las subterranas extremidades de sus Muros, prescriban, en muertos caracteres, la memoria de innumerables siglos? Lastimosa consideracion, que nos usurpa aquel mexor medio, y seguro informe, para alibiar las dudas de el discurso, con las evidencias de el sentido; encontrando, con la

Tit. li. Dec.  
3, lib. 1.

vista, la antigüedad de Cáceres, que solo puede alcanzar la conjetura.

Entre las Monedas romanas, se han hallado las de Sertorio, con su efigie por vna parte, en que no quiso perdonar el Artifice, ó su celebre, magnanimo original, el defecto, ó falta de vna vista, de que se gloriaba, diciendo: que quando otros, solo en sus casas, tenían los collares, las Armas, y las Coronas, por estimable memoria de sus hazñas, y su exfuerzo: el lleuaba siempre consigo, el testimonio de su valor, de que hacia testigos y Panigiristas, las osadías de sus manos, en las cicatrices de sus ojos. En la orla tiene el nombre de Sertorio, y en el reberso, la domesticada Cierba, que mostraba como Don de Diana, y Nuncio de esta fabulosa Deidad, conque le inspiraba los medios para hacer victoriosa su conducta, en el acierto de sus expediciones.

Plut. in  
Sert.

De Q. Cecilio Metelo se han encontrado dos monedas, en que se mira su rostro, y se lee su nombre con nominandose Pio, por los ruegos, y lagrimas con que mobió al Senado, para que alzase el Destierro á su Padre, por lo que husó el distintibo de la Cigueña, Simbolo, y memoria de su Piedad.

De Costantino se han hallado y encuentran oy muchas medallas, con su efigie, ial circulo: Imperat. Costant. i en el reberso vn hombre á sus pies, que atrabiesa con una lanza, y en la orla: reparate Reipubl. Se deue creher que este Constantino fue el primer Emperador, que alcanzó el Cognomento de Grande; y el que mereció ver militar la Cruz en su favor, contra las huestes de el mas desapiadado enemigo. Venció pues, á Maxencio, con el auspicio de esta sacrosanta señal de nuestra Redempcion; y admirado de tan poderosa virtud, la mandó poner por fausta Guia de sus Exercitos, y sagrado Adorno de sus Estandartes; mexorando la Adoracion de sus Tropas, en la Abolicion de aquella ceguedad con que rendian el culto y el Incienso, no solo á los Idolos, sino á la mortal, vana Dibinidad de los Emperadores; vnos y otros representados en las Señas romanas, que llamó Abominaciones Daniel, profetizando la deplorable, vltima Ruina de Jerusalem; y confirmando Christo la misma Profecia, para dar aviso á sus Discipulos de el tiempo de su fuga, y retiro de esta reprobada Ciudad: husó la misma frase; repitiendo que la señal de el espantable termino de Jerusalem, seria quando viesen en su Templo, la Abominacion, esto es, las Banderas romanas, en que iban colocadas las imagenes de sus falsos Dioses, que estos significa la Abominacion en el Dialecto Santo.

Math. cap.  
24, 15.

Juan Bapt.  
egu. de ro-  
man. Prin-  
cip.

Con el Nombre de Constantino vbo once Emperadores, entre muchos malos, algunos buenos; pero ninguno, que mereciese adornar sus

Monedas con el magnífico distintivo de Reparador de la República, correspondiente, solo, á Constantino el Grande.

Persuade también á ser este, y no otro, el de las citadas Monedas, saber que su Padre el Cesar Constancio Chloro mandó las Españas; y que, quando, victorioso de los Sarmatas, su Hijo Constantino, se re-<sup>ib.</sup> celó en la embidia, que suscitó este admirable Triunfo, se retiró con su Padre; y muerto este, quedó con el Gobierno de España.

Otras monedas pudiera insertar en este Epigraphe que, aunque merecen estimación por la antigüedad romana, se omiten por no abulltar con repeticiones vn discurso, en que deuen estar las Noticias con curiosidad, y no con extensión é impertinencia.

---

### NUEVAS ADVERTENCIAS

acerca del Manuscrito é Historia del Lic. Rodríguez de Molina.

---

Consta el Manuscrito de 36 folios numerados, más la hoja primera firmada, por D. Pedro Sánchez de Dios; pero no están bien numerados, pues, sin duda por tener los últimos cinco folios descosidos, hubieron de intercalarlos en el cuaderno, mal doblados, y otra mano, con tinta negra (la del Ms. es rojiza) quiso suplir lo que se le pasó al autor ó á su amanuense sólo en las últimas hojas, y así se ve que la foliación salta, erróneamente, del 29 al 35.

Tiene cubierta de pergamino (210×315 mm), á la que faltan los broches. Su estado de conservación es mediano, por lo que bien ha sido imprimirlo, pues á poco más que se le manosee llegará á ser ilegible. Hoy, con todo, su lectura no ofrece dudas.

De las últimas notas numeradas faltan en el texto las llamadas correspondientes y se han suplido. Las que siguen, sin número, quedan al margen que es donde en el Ms. aparecen todas.

Podrá hacerse el reparo de que esta Historia no debiera ahora darse á luz sino refutando ó advirtiendo los errores que contiene, repetidos en otras de Cáceres que se escribieron inspiradas en los falsos cronicones, mas otros más doctos que el que la da á conocer no han tenido vagar para ello, y así sale sin adorno tan conveniente (usemos del estilo del autor) y con el peligro de llevar á los lectores ingenuos á los confines de la confusión.

Mas éstos, si no tropiezan en las mentiras, pueden sospecharlas en las exageraciones é inexactitudes, cuando, como por ejemplo, trata de la inscripción de la casa de D. Pedro Roco (hoy del Casino de la Concordia) y dice que está esculpida «con el prolijo adorno de primorosos y delicados follages», siendo notorio, puesto que está aún á la vista de todos, que se ostenta sin adornos en el neto de un sencillo pedestal de mármol.

No fien tampoco en la puntualidad de las inscripciones, cuya división en renglones, aparte de tal ó cual yerro, resulta en algunas caprichosa, y es apócrifa, según el erudito P. Fita, á quien se comunicó, la que se dice encontrada

al fabricar los Pilares del Agua (D. M. S. GN. MARCIO...), invención, sin duda, de Rodríguez de Molina.

Llama la atención que los compradores del Ms. que se proponían revisarlo, y á los que atribuimos las llamadas ú «ojos» sobre ciertos puntos que les parecían falsos ó discutibles (en realidad pueden atribuirse á uno solo, salvo el *ojo* del f.º 26 que es de otra letra), pusieran estas notas sin razón alguna, ó nada clara, en muchos lugares, como cuando se nombra á la «Puerta del Socorro ó de Coria» y se llama «Nueva» al Arco de la Estrella, y así en las demás cuyos nombres se conservan, pues aunque aquéllos sean hoy insólitos no lo serían hace un siglo, donde, al fin, tenían más recientes el testimonio de libros y documentos que los consignan.

El lector discreto habrá podido ya hacer estas observaciones con motivo de nombres ó pasajes. Muchas veces la acotación es oportuna y de sentido indubitable. Si no aparecen de éstas más, es porque en el tiempo en que se hicieron no podían ser dueños de mejor crítica, los buenos compatriotas que, sin profesar la Historia, tenían en estima á los que la cultivaban.

¿A dónde irían á parar los «varios otros manuscritos» que compraron?

J. SANGUINO.

Cáceres, 10 de Septiembre de 1908.

## EXCURSIONES EXTREMEÑAS

### ZAFRA

Lector: Si viajas por Extremadura con deseo de conocer su historia, y admirar sus restos arqueológicos y artísticos, detente en Zafra, ciudad de noble abolengo, de fisonomía caballeresca, donde la estancia es grata, las mujeres hermosas, los hombres amables, con aquella clásica generosidad de los viejos hidalgos.

Si quieres, caro lector, conocer por adelantado cuáles son los restos vetustos en que puede deletrear y reconocer el curioso la historia local, habré de llevarte lo primero al patio que sirve de ingreso al histórico convento de Santa Clara, y en él enseñarte, sirviendo como de guardacantón á un muro, un venerable mármol romano: es la estatua de un patricio, hoy descabezado y mutilado, envuelto en los elegantes pliegues de su amplia toga, que deja al descubierto el pie derecho, el cual luce su calceamento.

Sin otra razón que la que sugiere el entusiasmo local, se ha supuesto de Julio César esta estatua, que se dice fué encontrada en aquel paraje al construir el dicho convento. Fuera imperial, consular ó de algún distinguido patricio, tal vez algún sujeto de la familia Valeria, que según cierta inscripción construyó un podio ó antepecho en el circo de *Segeda*, la ciudad ibérica que se cree estuvo donde hoy Zafra y la misma que los legionarios de Augusto llamaron *Restituta Julia*, se trata de un monumento arqueológico que por lo que representa y lo que vale no merece estar donde está.

El Ayuntamiento de Zafra, como los de otras poblaciones históricas debiera transportarlo á la casa de su cabildo y en ella instalarlo decorosamente en una sala que pudiera muy bien ser una sala arqueológica, gérmen de un Museo local, donde fueran teniendo su postrero y honroso destino otros restos análogos, tales como escudos nobiliarios de casas que se derriban, inscripciones que se hallan al trabajar en el solar urbano y en los campos; monedas y curiosidades que á toda hora dan testimonio del glorioso pasado. De no hacerlo así, y antes de que el tiempo y los hombres (aún más injuriosos que el tiempo) destruyan dicha escultura, es urgente enviarla al Museo provincial de Badajoz ó al de Mérida, donde al lado de sus congéneres prestaría buen servicio á la ciencia.

Por ella nos hemos detenido, más de lo justo, en estas breves líneas, ante ese resto aislado de la Antigüedad; pero atendiendo á abarcar de una ojeada, harto rápida, la Zafra histórica tal como ha llegado hasta nosotros, debo mostrártela, lector, como ciudad medioeval, mitad castillo, mitad centro religioso importante.

Situada Zafra al pie de una sierra en cuya cresta subsisten leves restos de un castillo fuerte, en el sitio denominado por esto el Castellar, que sin duda sirvió de puesto avanzado á la ciudad feudal, muestra ésta todavía restos de sus murallas, con dos de sus puertas, la de Jerez, con su arco apuntado, y la desfigurada del Cubo, así llamada por el que conserva, recio y bien situado.

Repasando el plano de la ciudad, identificando sobre él la disposición de murallas y puertas, bien pronto se aprecia lo que fué el recinto de la ciudad fortificada, y al propio tiempo, en el trazado urbano, se vislumbran también las tortuosidades que en alguna parte se conservan de la ciudad arábiga.

Ganada fué Zafra á los moros por San Fernando en 1240, y constituída más tarde en feudo de los duques de Feria, de entonces data su importancia, como lo acredita el alcázar, ó sea palacio fortificado, que formando parte del dicho recinto y en el punto más alto del mismo, al Este, domina la ciudad toda, como su vigía y baluarte que fué.

Es este alcázar verdadero y notable modelo en tal clase de construcciones y la obra arquitectónica más importante de Zafra. Se conserva bien, aunque no se ha librado de aditamentos que lo afean ni de vejaciones que lo entristecen.

Su fábrica recia y magnífica, de traza regular y dispuesta con arte, la constituyen cuatro murallas con una maciza torre redonda en cada ángulo, dos menos recias flanqueando la puerta cara á la ciudad, otras dos torres análogas, destacadas de los lados medios, y en el cuarto muro, de cara al campo, la soberbia

torre del homenaje, también redonda, dominándolo todo. Sobre la dicha puerta, situada ante la gran plaza de armas que limitó un muro de defensa exterior, y defendida por un matacán que destaca del muro entre las susodichas torres defensivas, se vé, bajo un elegante ajimez de gusto arábigo el escudo nobiliario del señor feudal que lo levantó; una inscripción, por la cual sabemos que este poderoso señor fué el noble caballero D. Lorenzo Suárez de Figueroa, hijo de D. Gómez, del Consejo del Rey y mayordomo de la reina madre de D. Enrique IV, y que la obra del alcázar se comenzó en el año de 1437. En la entrada que por el adarbe de la muralla tiene el torreón del homenaje, otra inscripción nos dice que la obra fué acabada en 1443. Siete años duró, por consiguiente, la construcción del alcázar.

En cuanto se penetra en lo amurallado se advierten los embellecimientos que en el interior prodigaron los sucesores del fundador, primeros condes y luego duques de Feria.

El patio, con sus elegantes arquerías de mármol de clásica traza, corresponde á la segunda época del Renacimiento. Las cámaras que se abren al fondo, al modo y en disposición análoga á la de los alcázares sevillanos, conserva sus primitivas techumbres de alfarje, embellecidas con pinturas ornamentales de gusto mudéjar y los escudos nobiliarios en los cabos de las bobedillas. En el piso principal, aún se vé un hermoso techo artesonado, también con blasones en el friso y con linda labor de lacería dorada; en lo que fué capilla, una cúpula entera también dorada, en la que las finezas del arte gótico hermanan con las gallardías del mudéjar.

En el piso principal otro gran salón, hoy dividido en varios y con magnífica chimenea, nos recuerda los días en que la nobleza gustaba de endulzar sus horas con los romances de poetas y trovadores, y las puertas ferradas de los calabozos del torreón recuerdan todavía el poder de los señores de horca y cuchillo.

No acabaron los tiempos de la casa de Austria sin que los moradores del Alcázar adicionaran á sus muros galerías y cuerpos de construcción que alteraron notablemente su severa fisonomía de castillo fuerte; ni los tiempos del neoclasicismo sin unir á aquella magnífica fábrica, una de cuyas bellezas era el dominar aislado al caserío de la ciudad, otra construcción, de correcta traza pero prosáica.

Después de las murallas y del Alcázar, que constituyen los restos arqueológicos de la ciudad caballeresca, hay que considerar los monumentos religiosos de Zafra.

No responde enteramente á la importancia de ésta su iglesia parroquial, fábrica de las postrimerías del estilo gótico, desnuda de ornatos, con una sola nave y escaso crucero, sin otra belleza que la elevación de los finos arcos formeros de medio punto y la labor peregrina de las nervaduras de sus bóvedas.

En algunos de sus altares hay buenas pinturas, de que se goza mal en las penumbras del templo. Su retablo mayor, con columnas salomónicas, data del siglo XVII, como la modesta fachada principal de piedra y la torre de ladrillo, alta, por cierto, pero no gallarda, por lo débil de la traza de sus arcadas superpuestas y de sus columnas adosadas.

Más que esta iglesia satisface la del que fué convento de Santo Domingo, al apreciador de la buena arquitectura, no porque sea de mejores tiempos de la ogival, bien que conserve en dos capillas colaterales de sólida construcción restos de ella, sino porque levantada ó reconstruída en época en que aquel gusto arquitectónico alcanzó los días del Renacimiento, ofrecen sus bóvedas que en el medio del templo asientan sobre pilares, con columnas toscanas adosadas, peregrinas crucerías que dibujan estrellas ó dibujos radiados en la nave mayor, y rombos ó cuadrados en las laterales.

Hay también en esta iglesia una hermosa efigie del Crucificado, de talla, de aquel estilo anatómico que el gusto italiano prodigó á fines del siglo XVI; obra concienzuda y notable por cierto, de maestro desconocido.

Hay en Zafra otro monumento considerable y de mayor importancia entre los religiosos. Queremos hablar del convento de Santa Clara, mencionado al principio. Su iglesia no ofrece de interés más que su capilla mayor, gótica, con cúpula nervada de dieciséis lados, y los hermosos bultos marmóreos sepulcrales

de los fundadores del convento: el primer conde de Feria, D. Lorenzo Suárez de Figueroa y su mujer, doña María Manuel; él, con armadura y manto; ella, con manto y toca; más el del hermano del primero, García Lazo, también vestido de armadura. Permanece esta estatua yacente en su enterramiento, en el presbiterio; las otras dos, levantadas en mal hora sobre su urna sepulcral, se ven en pie, adosadas á un muro.

La nave de la iglesia, reconstruída en el siglo XVII, es sencilla, y á su fondo aparece á poca altura la reja del coro de las monjas.

Lo más notable de este convento, hállase, según parece, en su interior. Mas la clausura impide verlo al curioso.

En nuestro afán de conocerlo, hemos logrado interesantes referencias de que no queremos privar á los lectores.

Sobre la puerta reglar, una inscripción en letra gótica, hace relación de que el convento fué fundado por dichos magnates y señores de Feria en el siglo XV.

Pasada esta puerta misteriosa, hállase, á lo que parece, frente á ella en el zaguán ó portería, un hermoso triptico, pintado, de estilo flamenco.

Al avanzar en la clausura, donde viven consagradas á Dios diez y ocho siervas suyas vestidas de hábito azul con negro manto y blanca toca, se halla lo primero un patio limitado por un lado con una elegante arquería sobre columnas de mármol, que lleva esculpida la fecha de su construcción, 1592, y el escudo de los fundadores. Al través de aquellos arcos se vé al fondo de la galería, recatado por celosías de peregrino dibujo, el paso á las celdas.

Por bajo de ellas se pasará á otro patio más antiguo y mayor, cerrado por claustros de arcadas apuntadas y blancas, con asientos y zócalos de azulejos. El patio, embellecido con árboles, y con una fuente murmuradora, aparece lleno de poesía y en él se respira dulce quietud. A uno de los claustros ábrese el refectorio, salón largo, de muros blancos con techumbre de madera labrada; adosados á dichos muros bancos de fábrica, y ante ellos largas mesas antiguas dispuestas al modo medieval.

No falta el púlpito para la lectora ni algunos cuadros religiosos notables para recreo del espíritu. Otro claustro contiguo á la iglesia está lleno de devotos altares, y, entre ellos, hállase una capilla-relicario, en la que el buen gusto del Renacimiento prodigó sus galas y sus riquezas decorativas.

Inmediata al refectorio está la cocina, aún guarnecida de azulejos moriscos y con su hogar enorme perfilado en arco.

A otra parte del convento y pasadas curiosas dependencias donde se ven las alhacenas y anaqueles en que cada religiosa conservaba sus ropas en los días prósperos de esta fundación, se entra en la enfermería, que constituye un ala importante y casi separada del edificio, con dos pisos y en cada uno dos hermosas naves separadas por severas arquerías sobre columnas de mármol, aireadas á uno y otro lado por galerías que caen á sendos patios.

Por fin, el coro, recinto casi tan grande como la nave de la iglesia, de la que es continuación, muestra sus muros blancos, decorados con algunos lienzos importantes, por cima de la sillería tallada del Renacimiento, y en medio de su pavimento, de ladrillos largos y azulejos pequeños, se ve, entre las grandes losas que cierran el panteón de las religiosas, y sobre un pedestal de poca altura, cierta notable efigie, reputada de milagrosa, del Señor, doliente y amoroso atado á la columna; es una hermosa talla, debida al escultor valenciano Blas Molner, que la ejecutó en Sevilla en 1775, siguiendo las buenas tradiciones de la escuela española.

Tal es á grandes rasgos y según nuestras noticias el convento de Santa Clara, del que también nos han dicho que se halla en buena parte tan quebrantada su fábrica, que si manos poderosa no ponen ello remedio está condenado á desaparecer, lo que sería doloroso, pues se trata de un ejemplar típico de esta clase de monumentos.

Aún indicaremos al curioso no se vaya de Zafra sin contemplar la linda portada gótica del hospital de Santiago, ni el patio cerrado por graciosas columnatas del siglo XVII del palacio Daza, hoy fonda de Cabañas.

De *El Correo*.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

## CRÓNICA REGIONAL

---

*Un bell morir tntta la vita onora;* el año que va á trasponer su ocaso, por lo que á la alta Extremadura se refiere, ha cerrado su vida con un acto que por sí solo hace olvidar generosamente todas las *perreerías* de los meses anteriores.

Nos referimos á la instauración de la Extensión Universitaria, que se celebró en Cáceres el 19 y 20 y en Mérida en este segundo día, y de la cual dieron los periódicos locales extensa cuenta, loando como se merece la prodigiosa labor de Altamira, Unamuno, Canella y Pérez Bueno.

Mas no todo fueron albricias, porque no hay rosa sin espinas, y si de la palabra divina, se afirmó en la parábola del sembrador, que sólo una pequeña parte fructificaría porque la mayor parte la comerían los pájaros, otra caería en terreno estéril y la restante la ahogarían las malas hierbas, no nos debe extrañar que aquí, siendo obra humana, apenas fuera arrojado el grano en los surcos, se helara en la indiferencia de los que creen que en el mundo los deberes sólo existen en los demás y dicen como el fraile del cuento: *Ha dicho el guardián que bajáramos á la huerta y que trabajéis.* Otra parte se la quieran comer los gracos, hurracas y cuervos, que también los hay en la especie humana, y el resto parece que lo pretende ahogar la lujuriente cizaña.

Contra estos inconvenientes, que por otra parte son naturales, y demuestran la bondad de la caritativa labor, ya que si así no fuera, no se conjuraran contra ella los egoismos, las accidias y demás malas pasiones, ya estaban prevenidos los *chiflados*, que por amor al prójimo y sin miras de medro ó provecho alguno, se toman la molestia de dar pan espiritual al que lo ha menester y saben, y así lo han de hacer, que el antídoto de estas morbosidades es uno solo; voluntad y acción.

Ese es el secreto de la existencia de esta REVISTA, que va á entrar en el décimo año de su existencia, gracias á la devoción de nuestros queridos suscritores, pocos en número, pero valiosos por su amor á la tierra natal, y con cuya agradecida colaboración, hemos conseguido, á pesar del desvío de muchos, honrar á Extremadura, á los ojos de propios y extraños, porque, modestia á un lado, los sinsabores y las ingratitudes de nuestros conterráneos nos los compensan con creces la adhesión de nuestros suscritores y las pruebas de respeto y consideración que recibimos repetidas veces de los centros intelectuales de España y del Extranjero.

Que en el segundo decenio tengamos todos salud y pesetas desea

31 Diciembre 1908.

**Cálamo Corrente.**

---

**Advertencia.** Con el próximo número de Enero de 1909, daremos el índice correspondiente al año último.

FIN DEL TOMO X.



**Fonda de Europa**

(antes Salmantina)

**Antonio Luado Bico**

Gabriel y Galán, 12 y 14

\*\*\* Cáceres \*\*\*

**Víctor García Hernández**

*Almacén de Tejidos  
al por mayor y menor.*

**PAQUETERÍA Y COLONIALES**

Venta de los acreditados abonos de D. CARLOS AMUSCO, de Aldea Moret, (Cáceres).

**21, Portal Llano, 21,  
CÁCERES**



SUCURSAL ESPAÑOLA  
de la Compañía Inglesa

**La GRESHAM**

(The Gresham Life Assurance Society. Ld.)

fundada en Londres en 1848

y establecida legalmente en España desde 1882.

**Seguros sobre la vida y Rentas vitalicias.**

**PÓLIZAS INDISPUTABLES — BENEFICIOS CAPITALIZADOS — PRIMAS MUY MODERADAS**

Con la participación en el 90 por 100 de los beneficios, los Asegurados en esta Compañía gozan de todas las ventajas que les podría ofrecer una Sociedad mutua sin estar sujetos á sus responsabilidades.

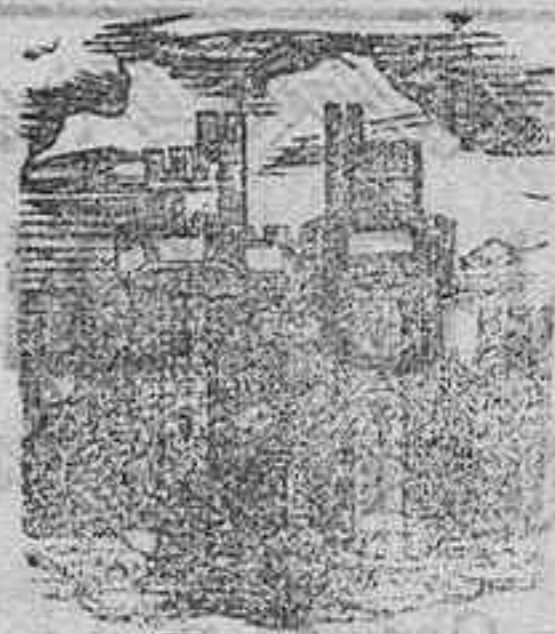
La GRESHAM tiene constituido el depósito exigido por las leyes fiscales como garantía para sus Asegurados en España.

Sucursal española en el edificio de su propiedad calle de Alcalá, 38, Madrid.

INSPECTOR EN EXTREMADURA

DON DIONISIO VINIEGRA

Oficinas: Alfonso XIII, 30 — Cáceres.



**LA PALATINE**

COMPAÑÍA INGLESA

DE

**Seguros contra incendios  
Y EXPLOSIONES**

**A PRIMA FIJA**

(The Palatine insurance Company. Ld.)

La PALATINE asegura también contra la pérdida de alquileres ó rentas por causa de incendio.

Como la Compañía no es mutua, sus Asegurados no incurren en responsabilidad alguna.

Los siniestros se arreglan y se pagan inmediatamente.

Esta Compañía tiene constituido el depósito exigido por las leyes fiscales vigentes, como garantía para sus Asegurados en España.

Sucursal española: Calle de Alcalá, 38, Madrid.

AGENTE DE EXTREMADURA

DON DIONISIO VINIEGRA

Oficinas: Alfonso XIII, 30 — Cáceres.

# FONDA MADRILEÑA

DE

## TIMOTEO YUSTE

Esta Fonda, sita en la calle más espaciosa y sana de la población; la única en Cáceres que todas sus habitaciones tienen gabinete y alcoba; un magnífico comedor en la planta baja; la cocina por el mismo dueño; por lo tanto salieron tan complacidos los ilustres huéspedes, entre ellos el ex Ministro Marqués de Figueroa, que de paso de su excursión, se hospedaron el día 5 de Enero de 1905.

Barrionuevo, 33, 35 y 39. — CÁCERES

# COMPLETO SURTIDO

EN

*artículos para Señoras,  
Caballeros y Niños.*

TEJIDOS, PAQUETERÍA, PASAMANERÍA

QUINCALLA, PARAGUAS,

CORDELERÍA Y COLONIALES

DEPÓSITO DE GORRAS Y SOMBREROS

**Tomás Pérez.**

Plaza Mayor, 25. — CÁCERES

# GABINO DIEZ HUERTA

Hierros, Aceros, Chapas y Vitría de hierro.

Toda clase de Cerrajería.

Adornos de Balconajes, Hinodoros, Herramientas y Básculas.

Batería de cocina.

Pesas y Romanas del nuevo sistema y todo lo concerniente á este ramo.

Gran surtido en Coloniales y Ultramarinos, Chocolates, Cafés, Thees, Tapiocas y Especias.

Conservas de Pescados, Legumbres y Frutas.

Azúcar, Arroz, Garbanzos, Habichuelas, Pastas para sopa, Bacalao, Galletas, Vinos generosos y Licores de todas clases.

40, Cortes, 40, esquina á Alfonso XIII — CACERES

Establecimiento 

 de Veterinaria

— DE —

Francisco Santillana.

*Se hierra á fuego y en frío.  
También se hierran bueyes.*

PLAZUELA DE MARRÓN

Cáceres.

FONDA ESPAÑA

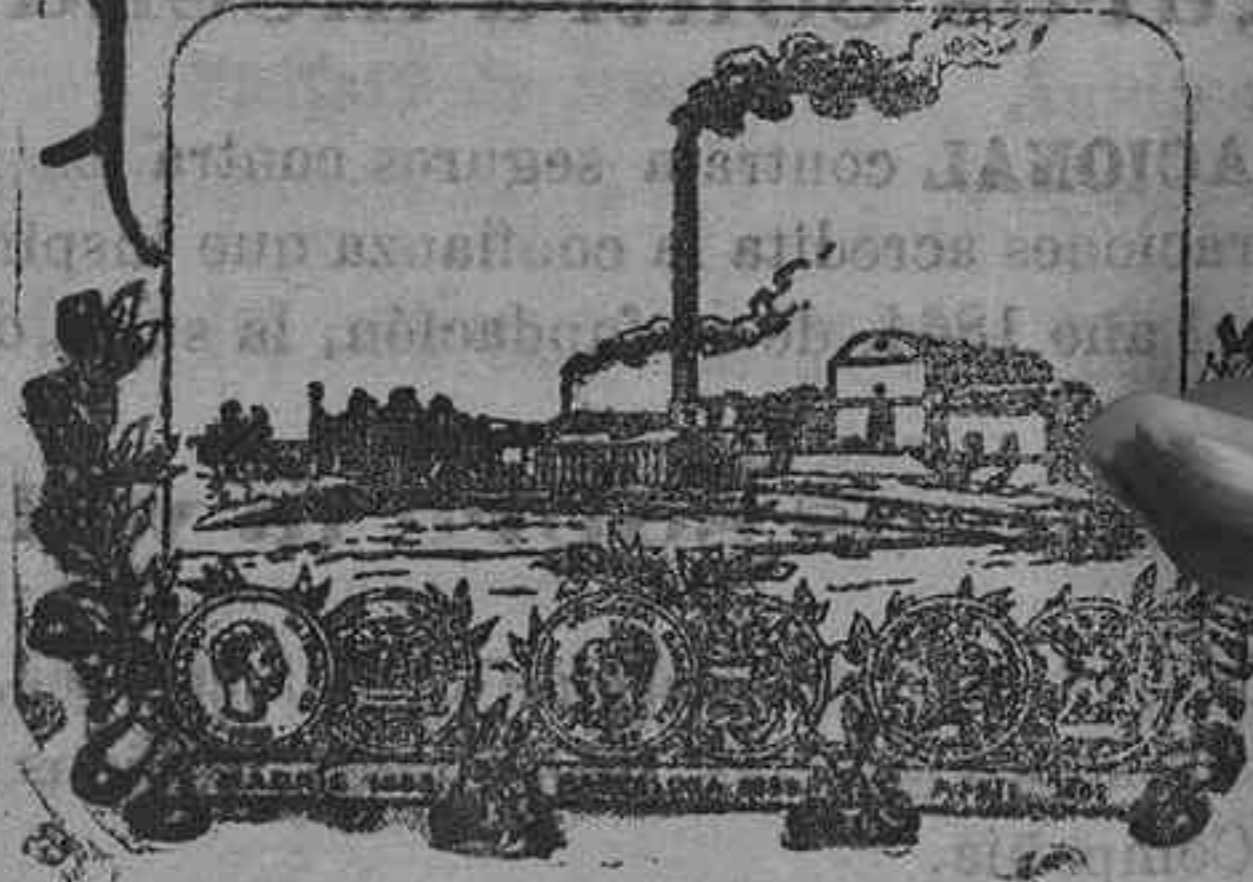
DE

NIETO Y GALEA

SUCESORES DE TOMÁS GONZÁLEZ

Cáceres.

FABRICA DE ABONOS QUÍMICOS



GRAN FÁBRICA DE ABONOS MINERALES

— DE —

D. CARLOS AMUSCO

Aldea de Moret.

Venta exclusiva para la provincia: D. VICTOR GARCIA HERNÁNDEZ  
PORTAL LLANO, 21. — CÁCERES

# La Unión y el



# Fénix Español

## COMPañÍA DE SEGUROS REUNIDOS

### DOMICILIADA EN MADRID

calle de Olózaga, n.º 1, (Paseo de Recoletos).

---

Capital social efectivo. . . . .	12.000.000 de pesetas.
Primas y reservas . . . . .	52.500.000 de pesetas.
Siniestros pagados. . . . .	111.000.000 —

---

## 44 AÑOS DE EXISTENCIA

---

### Seguros contra incendios.

Esta gran compañía **NACIONAL** contrata seguros contra los riesgos de incendios.—El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público habiendo pagado por siniestros, desde el año 1864, de su fundación, la suma de 444 millones de Ryon.

### Seguros sobre la vida.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotes, Renta de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas **MÁS REDUCIDAS** que cualquiera otra Compañía.

La prima fijada al hacer el seguro es inalterable. Esta Compañía no hace ofrecimientos pomposos, lo cual es tan fácil de hacer como difícil de cumplir. A su seriedad y exacto cumplimiento en los siniestros, se debe la importancia que goza y la preferencia de que es objeto.

---

Las cosechas se aseguran en pie, en gavillas, en la era y el grano en los graneros por el transcurso de un año, á la reducida prima de **SEIS** reales por cada mil.

SUBDIRECTOR  
EN EXTREMADURA:

**D. CLAUDIO GONZÁLEZ ÁLVAREZ**

*Agencias en todas las poblaciones de importancia*

Oficinas: Calle de Grajas, 15 y 17.—CÁCERES

**SOCIEDAD GENERAL DE**

**INDUSTRIA Y COMERCIO**

Capital: 25 MILLONES de pesetas.

**FÁBRICAS EN** Bilbao, Oviedo, Madrid, Sevilla, Car-  
tagena y Lisboa.

Gran premio en la Exposición Universal de Lieja 1905.

(LA MÁS ALTA RECOMPENSA)

**PRODUCTOS QUÍMICOS**

Superfosfatos.	Sulfato de cobre.	Acido sulfúrico anhidro.
Nitrato de sosa.	Sulfato de hierro.	Acido sulfúrico ordinario
Sales de potasa.	Sulfato de sosa.	Acido nítrico.
Sulfato de amoniaco.	Glicerina.	Acido clorhídrico.

Abonos para todos los cultivos y adecuados á todos los terrenos.

LABORATORIOS para el análisis completo de los terrenos y de-  
terminación de los mejores abonos.

SERVICIO AGRONÓMICO importantísimo para el empleo de abo-  
nos, racional bajo la alta inspección del eminente agrónomo

**EXCMO. SR. D. LUIS GRANDEAU**

Para informes y pedidos dirigirse á sus representantes en esta  
provincia

**JOSÉ ACHA, HERMANO Y COMPAÑÍA**

Portal Llano, núm. 9.—CÁCERES

ALMACENES DE  
FRUTOS COLONIALES

MADERAS Y YESOS

Esteras, Persianas, Espartería,  
Cordelería y Enjalmería

José Candela Magro

SAN JUAN, 33,  
Cáceres.

TALLER DE HOJALATERÍA  
DE  
MARIANO JIMENEZ  
Sucesor de la Vinda de Hurtado  
Plazuela del Duque, 7. — CÁCERES

“Santa Carlota,”

FÁBRICA DE HARINAS

por cilindros últimos modelos perfeccionados sistema “BUHLER,,

Mateos, Santos y Casares

Ronda de Mira al Río.—CÁCERES

La Villa  de Madrid

SOMBRETERERÍA DE

**Pedro Fernández.**

Esta casa ofrece garantizadas las marcas extranjeras de **Albertini** (Italiana) y **Moores** (Inglesa), así como las más acreditadas españolas, siendo la primera en exhibir todas las temporadas la moda rigurosa en toda clase de sombreros y gorras.

Tiene en inmejorables condiciones sombreros de todas clases para sacerdotes, bonetes y solideos,

NOTA No se cobra nada en este Establecimiento por el planchado de sombreros á los parroquianos.

“EL HUMILLADERO,”

FÁBRICA DE HARINAS SISTEMA ASTRO-HÚNGARO

DE

ANASTASIO GONZÁLEZ

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS

DOMICILIO:

ZAPATERÍA, 1, CÁCERES

# ALMACÉN

DE

Hierros, Aceros, Chapas, Viguería de Hierro, Herrajes  
y Clavos, Cerrajería, Camas  
de hierro, Bateria de cocina y Coloniales

— DE —

## VALENTIN ZUBIAGA

20, San Juan, 20, Cáceres.



## SEGUNDO PÉREZ

### CÁCERES

Agencia general de transportes

VENTA AL POR MAYOR

DE

Despacho de mercancías en la Estación de  
los Ferrocarriles.

CEREALES Y HARINAS

DE TODAS CLASES